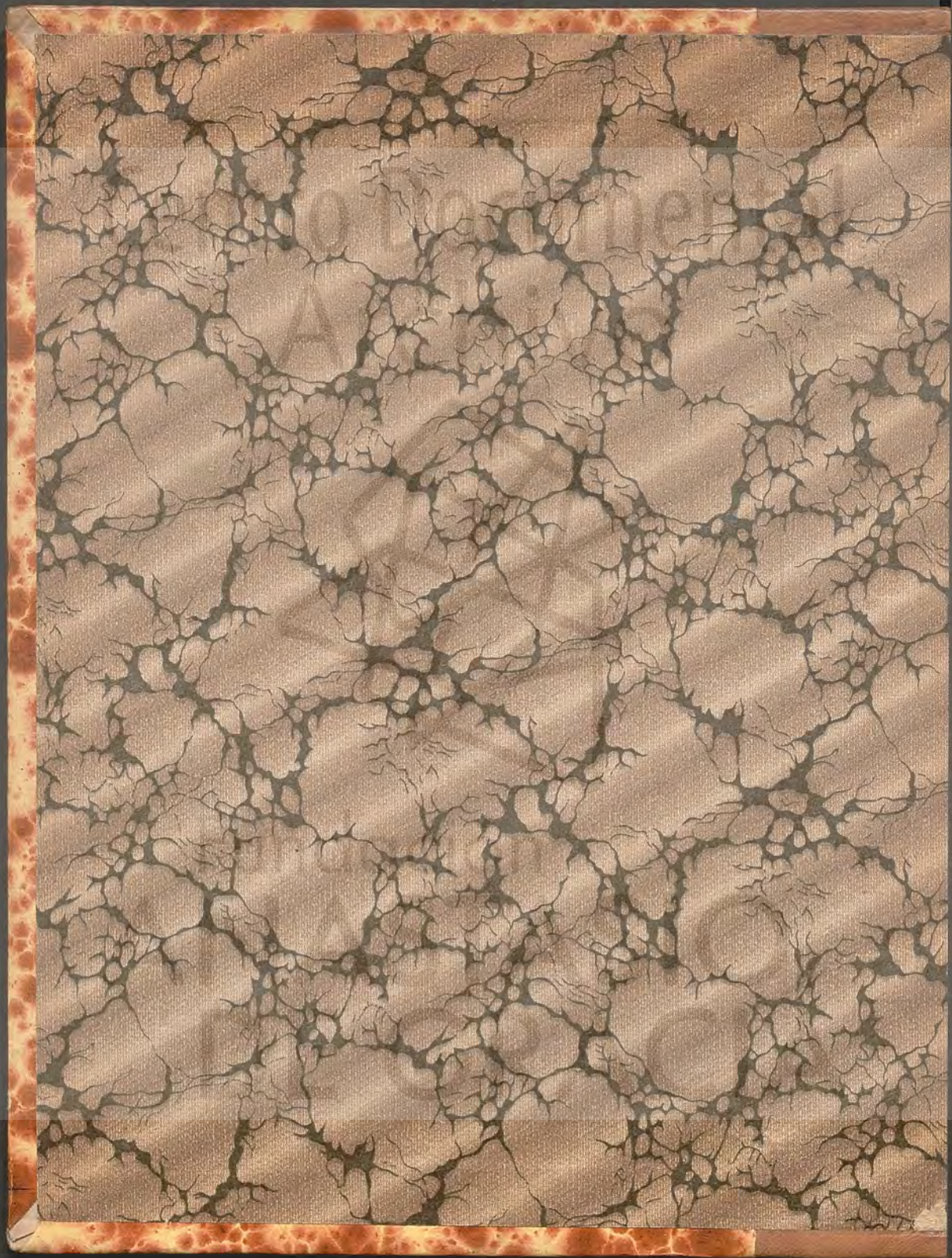
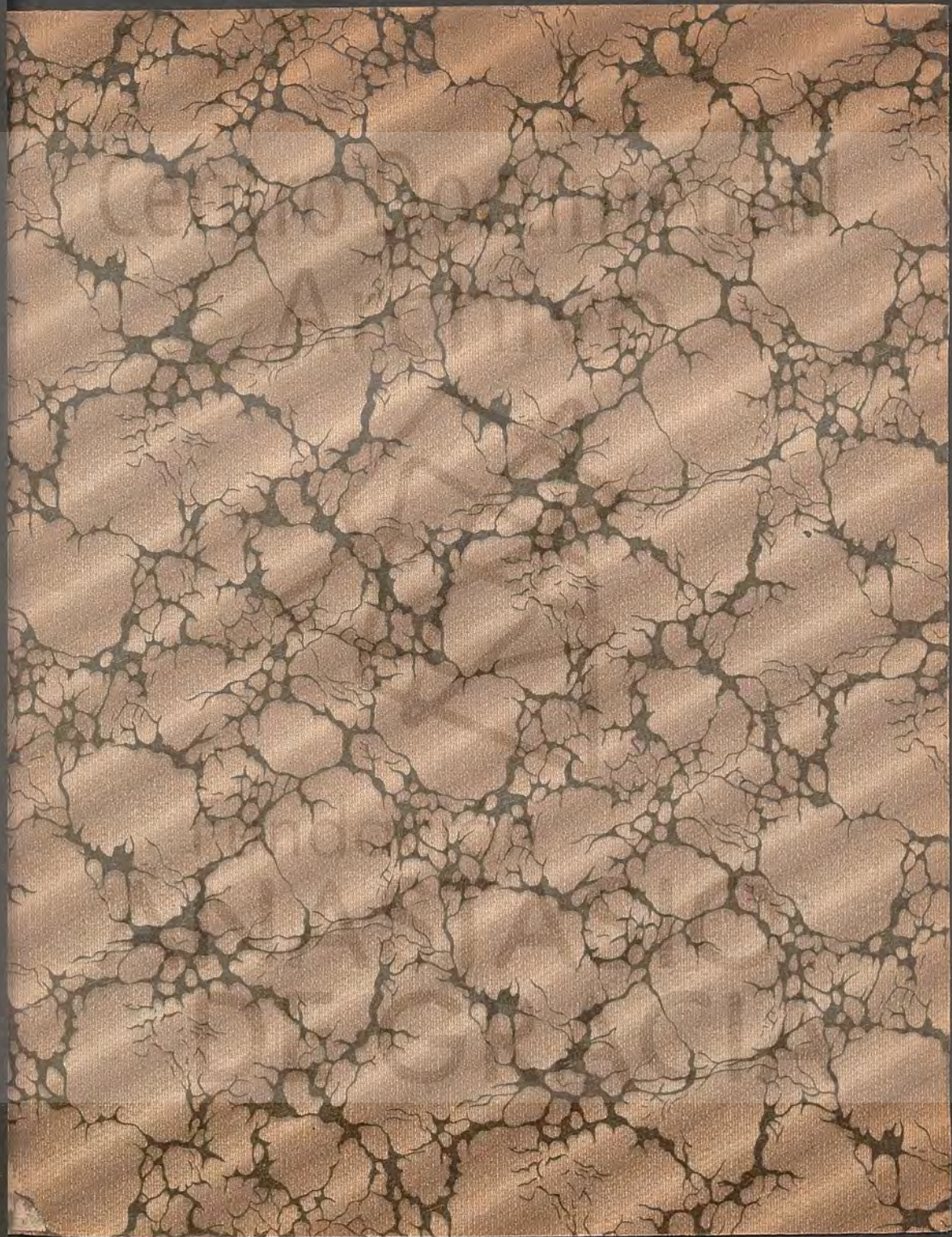


PRINCIPE
JACOB
—
MAKEDA
REINA VIRGEN

Centro Documental
Archivo

LIBRO





Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



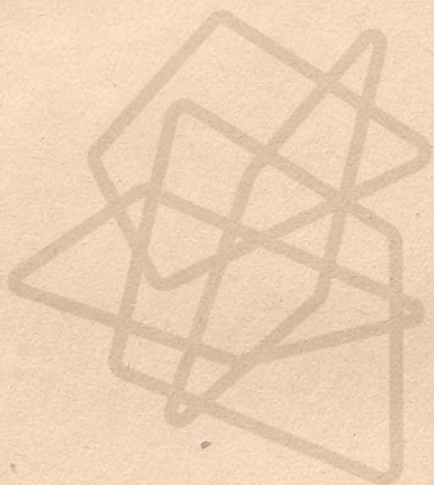
Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Principe Jacob

Ex Consejero del Imperio
de Etiopia.

Makeda

Reina Virgen

(La reina de Saba)

version francesa
de

Gabriel de Aubarede

version española
de

Valeriano Casanueva

- Tomo. I.

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Prólogo.

Maketa la virgen,
es segun el principe
Jacob de Abisinia, la
traida y llevada reina
de Saba, que al igual
de todas las soberanas
y soberanos de origen
divino (?) (David, Salomon
los Faraones, etc) no lego
a la humanidad nada
util ni respetable y si
en cambio una buena
cantidad de supersticion

y de barbarie.

Nos dice el editor de la presente novela: «¡La Reina de Saba! Es toda la poesía de un Oriente desaparecido. (1), la que evoca este nombre; es toda su opulencia, su voluptuosidad, su insondable misterio. Pero ¿quien era exactamente esta reina enigmática. ? ¿Había nacido en Arabia como se cree comunmente, o en Etiopia como pretenden los abisinios. ? ¿Cuales

(1) afortunadamente:

fueron su carácter, su política, sus costumbres? ¿Cuál el móvil auténtico y privado de su visita a Salomón? - (2) - ¿Fue este el gran amor de su vida? Todos estos secretos los revelan el príncipe Jacob y el señor Hubarede, al escribir para el público europeo "Maketa Reina Virgen".

« Hijo de una princesa abisinia, el príncipe Jacob ocupaba no ha mucho una gran posición en la Corte imperial de Addis-Abeba

(2) - El lector menos suspicaz, lo averiguaria enseguida. Nada espiritual desde luego.

Gran erudito, el antiguo mundo oriental no tiene secretos para él. — Consejero de la Imperatriz Zabdita, recibió de esta el encargo de expurgar las innumerables leyendas, cantos y tradiciones acerca de la reina de Saba que circulan desde hace siglos por Africa, a fin de hacer una biografía de la enigmática soberana, lo más aproximada a la verdad histórica.

Algunos años más

tarde el principe Jacobo entregaba a la emperatriz una memoria de mas de dos mil paginas en lengua "antiarica", y copiada a mano en diez ejemplares.

Emigrando mas tarde quiso hacer participe de sus trabajos al publico francès. Este fue el origen de sus relaciones con el señor Aubarede, deslumbrado por la magnifica documentacion aportada por el historiador abisinio.... 77

.....

Prende el principe,
y estimo que no hay nec-
-sidad de contrariarle, habi
encontrado un origen
modesto a su nacion, con-
-junto de naciones, imperio
o lo que sea, y en esta no-
-vela lo logra cumplida.
-mente, pues deja demostrado,
o asi lo cree el, que los pri-
-meros habitantes de
Abisinia, fueron, digamos.
-lo asi, los intimos con-
-tertulios de Moises.
Pero cuando el pro-
-feta-legislador decidio
evadirse del pais de los
faraoes, una parte de

los dichos contertulios hubieron de pensarlo mejor y se quedaron en Egipto dispuestos a seguir viviendo allí aun sin recepisse.

Todo esto demuestra el origen divino de la patria del principe Jacob, pero ni el ni sus compatriotas se conforman con tan poca cosa. Veamos:

Uno de los hebreos renegados es Anquebo, padre de Akasha, el cual, para cimentar la futura Abisinia y despues de abjurar la idolatria, se nombra rey y profeta, y digo se

nombró, porque en la novela no se nos dice quien hizo tales nombramientos. Si como parece, se nombró el mismo, la modestia africana sube de punto.

No es bastante sin embargo todavía la divinidad originaria de Anguebo y de su gente. Es necesario ir mas allá, y el bueno del príncipe encuentra mas divinidad en las nupcias de Ulakeda con Salomón; rey de Judá, de los fenios, Guardador del Tabernáculo, y otros

titulos, y en el consiguiente nacimiento del principe Menelik. Nos extraña no obstante que el achacolato principito, al llegar a determinada edad sea enviado al reino de su padre a pesar de que ha de reinar en el de su madre; (Abisinia) pero son estos, misterios que solo pueden desentrañar los profetas, y en esta novela, todos los personajes, o lo son, o tienen con ellos estrecho parentesco.

Seria hacer deme-

-siado largo este prólogo, lo cual no entra en mis cálculos, si me extendiera en otras consideraciones acerca de la diinidad originaria de Abisinia. El lector podría apreciarlo en el transcurso de la lectura.

Le extrañará desde luego el procedimiento de que se sirvió Jehová para obtener la conversión de Anguebo. Dice muy poco en favor del «creador del mundo», dios particular de los hebreos, y por lo visto

de los abisinios. Aun dentro del mito religioso, Júpiter es un dios más artista, y un rayo o un relámpago hubiesen desempeñado en la conversión del primer « Rey de Reyes. » un papel más solemne, y sobre todo menos feo que el de la prostituta hebrea.

Observaría también el lector, la facilidad con que los personajes principales de la novela disponen del firmamento, y como hacen aparecer y desaparecer, planetas,

cometas, y estrellas de todas las magnitudes, que utilizan hasta como medio de transporte; una de ellas llega a Axum para llevarse el alma de Anguebo.

Hay descripciones en el libro, que rayan en lo pornográfico; son de un indiscutible mal gusto, y aunque pretenden, por lo visto retratar el carácter y las costumbres de la época y del lugar. El antiguo Oriente bárbaro, fastuoso, libérico, necesita ser descrito por una pluma,

oriental u occidental
pero pluma al fin; no la
del principe-consejero-
-novelista, cuyas fuerzas
no alcanzan a poder
separar lo bello de lo
sucio, sobre todo cuando
no se trata de una novela
realista sino muy al
contrario, puramente ima-
-ginativa u pesar de los
documentos aportados por
el erudito señor de sangre
"azul negra fija". Hoy es-
-critores occidentales u
quien nadie puede repro-
-char sus descripciones
de Oriente. Pero esto
poseen una cultura sólida,

no la de un príncipe africano que cree completar su bagaje de intelectual con un par de años de barrio latino, y de exhibición en los cafés y cafetines de Montparnase.

.... El alma de la reina de Saba no tiene, ni aun para el menos adivinado, nada de enigmática. Desde muy niña se echan de ver sus aficiones, y se advierte bien a las claras que de no haber mediado el barbaro juramento, hubiesen esperado al príncipe

Menelik cinco o seis her-
-manitos, sin contar posi-
-bles partos dobles.

Es una verdadera
lástima que tanta divi-
-nidad se haya juntado
para dar origen a un
pobre pueblo de leprosos,
de esclavos, de analfabe-
-tos, y de curas bestiales
(aun dentro del clero
hay gradaciones en la
bestialidad) que aun
con la protección de fe-
-livia, David, Srahomon,
Makedra, Menelik, Cristo,
y todo el sistema planetario

-XVI-

sucumbió en pocas se-
manas al empuje de
unos degenerados des-
cendientes de Mesalina
y de Calígula.

Granada

Toulouse 1939 - 1940:

Fundación
ANASTASIO
DE GRACIA

Makeda Reina virgen

- Primera parte -

- La virgen -

Yo soy Mammeté llamada
Makeda...

- I -

Cuando desde lo alto
de su trono de garras de
león, el Faraón vió avanzar

con paso altivo y ligero á aquella princesa de doce años, aquel cuyo solo nombre inspiraba desde Egipto á Heliópolis, un terror religioso, y cuyo rostro de bronce nadie había visto estremecerse, sintió penetrar en su pecho una turbación extraña.

Avanzaba su cuerpo fragil, pero ya solemne, precedida de un cortejo de músicos que tocaban el tambor, el sistro y el timpano; marchaba sin dejarse intimidar, ni por

la inmensidad de la sa-
-la cuyos ángulos se perdían
entre nubes de oloroso in-
-cienso, ni por la gran al-
-tura de las columnas de
purpuradas estrias, ni por
el esplendor de los colosa-
-les frescos pintados en el
granito de las murallas.

Yba desnuda bajo
su túnica multicolor, y
era un cuerpo de niña
ya mujer el que se trans-
-parentaba a través de
la fragil tela, cuyos plie-
-gues solamente hacían
visible; sus senos ya redon-
-dos se veían palpitár

pausadamente bajo la gorguera esmaltada; las cadenas ya formadas se balanceaban al compás de la alegre marcha musical.

Llevaba un peinado complicadísimo que figuraba un pájaro negro. En sus finas y musculosas piernas brillaban círculos de ágata y de cornalina; en sus muñecas, brazaletes de amatista, de esmalte y de lapislázuli; en sus dedos, las sortijas desprendían tales resplandores

que no podían ser conta-
-das, y varios pesados co-
-llares de oro, pendían has-
-ta su vientre, redondo y
luminoso como la luna.

Al llegar al pie del
trono, y después de haber
tocado con la frente el
escalón sagrado de oro
macizo, besó la rodilla
derecha del Faraon, que
paternalmente cogió su
cara bajo el menton pa-
-ra poder contemplarla
mejor.

Y entonces, el señor
de Egipto, quedó confun-
-dido de admiración,

porque el ovalo de aquella cara joven era de una pureza verdaderamente divina. El modelado de la boca, pequeña pero carnosa, la nariz admirablemente perfilada, las orejas pequeñas, daban al conjunto una perfeccion que dejaban el ánimo en suspenso. Y en aquellos ojos brillantes y sombríos, el Faraon descubria con estupor una coloracion que el juzgaba no poder existir en el iris humano; eran de color violeta, como el de las aguas

profundas a la hora
en que el sol desaparece
en el horizonte de los
mares. La princesa habló
y lo hizo en un egipcio
cuya pureza sorprendía
en labios de aquella ni-
ña venida de las mese-
tas de Etiopía.

¡Yo te saludo oh Fa-
raon muy ilustre! Soy
Mammeté, por sobrenombre
Makeda, hija del rey de
Symien, Anquebo. Dignate
aceptar los respetos de
tu servidora, y estos pre-
sentes que mis esclavos
han traído para ti desde

mi lejano país.

Delante del trono
fueron colocados y abiertos
tres cofres de ébano con in-
-crustaciones de oro.

El primero contenía
doce lingotes de oro, y doce
de plata.

¡He aquí el presente
que te hace mi padre!. Con
estos preciosos metales, extrai-
-dos de las minas sin fon-
-do de su Reino, desea con-
-tribuir al decorado del
maravilloso palacio donde
tienes a bien recibirme.

El segundo cofre con-
-tenía piezas de tela de

destumbrador colorido,
que los esclavos iban mos-
trando al lado de la in-
movil princesa.

Este es el presente de
la reina Raquel mi ma-
dre, destinado a la au-
gusta tuya. ¡oh Faraon!

El contenido del ter-
cer cofre no apareció ense-
guida, porque bajo la
primera cubierta tenía
una segunda, con un
pequeño orificio.

Con la ayuda de
una minúscula llave,
Chammete, sacó de aquel,
una larga, una muy larga.

cadena de oro. Con una sonrisa maliciosa empezó a enrollarse alternativamente alrededor de su brazo izquierdo y del tallo.

La cadena representa los lazos que unen al pueblo de Egipto y al de Symien. Por eso me ves ligada con sus espirales de oro como una prisionera.

¡Muy bien!; pero, ¿cuando vendrá el fin de la cadena.?

¡Jamás!

¿Y cual es el sentido del nuevo símbolo.?

Puesto que la cadena

es semejante a nuestra
alianza, no tiene fin
¿Y cuando verá el
contenido del cofre.?

- Dentro de un ins-
-tante.

Con un movimiento
tan rápido que la mi-
-rada apenas podía
seguir por impedido
el reflejo de las sorti-
-jas, la niña desarro-

-lló la cadena en sen-
-tido inverso haciéndola
desaparecer en el cajón
secreto; retiró la falsa
cubierta y deslizóse en-
-tre sus dedos cual

verdadero torrente, un
largo collar de perlas, de
una pureza y de un orien-
te maravilloso.

Este collar, será mi
regalo personal. Es hermoso,
¿no es cierto?.... Las perlas
que lo componen las he
hecho pescar yo misma, y
su pureza encierra tam-
bien un símbolo que voy
a explicarte.... Pero, permí-
tame....

Deslizándose rapidamen-
te entre las rodillas del
Faraon, la asombrosa
chiquilla se alzó sobre la
punta de los pies para

colocar el collar alrede-
-dor del cuello imperial.

Entonces, cuando el
Faraon sintió apoyarse
ingenuamente sobre el,
flexible como el junco del
Nilo, cálido y palpitante,
aquel adorable cuerpo
ya nubil, sintiose recorri-
-do por una llama de
deseo, no pudo resistirse
y enlazó a la tentadora
criatura apretiandola
contra su pecho.

Mammete perdió de
repente su jovialidad.

Se apartó con un mo-
-vimiento brusco, descendió

rápidamente los tres pel-
-daños del estrado y per-
-maneció rígida al pie
del trono, con los miembros
en tensión.

Veo, ¡oh Faraon!
que debía haberte expli-
-cado la significación de
estas perlas antes de ope-
-rartelas, dijo con un acento
-to de severidad, que tra-
-cia vibrar asombrosamen-
-te su voz de niña. Signi-
-fican lo mismo que
Makeda, nombre que me
impusieron en los altares.
Ma-ke-da, o sea sea-que
Es-Pira. ¡ Siabelo! : yo he

prestado el juramento de permanecer virgen hasta mi muerte; mi pureza pertenece a mi pueblo, sobre el cual reinare un día.

La repentina gravedad del tono y de la actitud habia sobrecogido al monarca.

¡ Los dioses de Egipto sean contigo! Ningun hombre de mi Imperio, sentiria deseos por la llamada Makeda, dijo tocando la infantil frente con la extremidad de su cetro en forma de

flor de lis, y cuyo con-
tracto conferia la protec-
cion imperial y divina.

Peru, pensaba para
si:

«¡Los dioses de Egipto
sean contigo! ¡Ni Ra, ni
Tifon el terrible hubieran
exigido tal juramento de
una de sus hijas! En
verdad, estos hebreos son
incomprensibles....

ANASTASIO
DE GRACIA

— II —

La primera turbación de Makeda.

El perfeccionamiento de sus estudios era el motivo por el cual el rey de Symbien había enviado a su hijo a Tebas la de las cien puertas; allí debía permanecer cuatro años.

¿Donde mejor que en aquella metrópoli del mun-

-do civilizado, grande co-
-mo diez ciudades, y la mas
fastuosa del Universo, po-
-dria atrevida prepararse
para ser reina de un pue-
-blo joven y ambicioso. ?

La madre del Faraon
habia visto, no sin inquie-
-tud, la instalacion de
la bellissima princesa en
la Corte de su augusto
hijo..

El emperador era
viudo y su madre tenia
el proyecto de hacerle con-
-traher un segundo matri-
-monio cuyas consecuencias
politicas debian ser con-

-siderable. No convenia
pues que se enamorase;
y, ¡quien sabe si aquel
viaje de la hija del rey
de Synien no formaba
parte, aun ignorándolo
la niña de todo un
plan de seducción!

El principe Amram,
tío y tutor de Makeda,
y la princesa Naquit, su
administradora, tran-
quilizaron a la pruden-
te madre; el juramento
de virginidad de que
habia hablado Makeda
no tenia nada de le-
yenda. Habia sido exigido

por el Gran Robino de Axum el día en que el rey Angrebo instituyó a su hija heredera del trono. Jamás hombre alguno podía desposarse con Makeda, la Perla Purísima.

Comenzaron los estudios de la princesa.

Su espíritu no era menos precoz, ni menos ágil que su asombroso cuerpo. La prontitud en comprender y su extraordinaria memoria maravillaron a los profesores.

La compleja mecánica de la Administración

egipcia, las reglas de su arte militar, los métodos de sus prodigiosos arquitectos, pronto dejaron de tener secretos para ella. Mas aun, a fuerza de encantos y de malicia supo arrancar a los potentados del comercio y de la gran navegacion ciertos secretos, celosamente ocultos de ordinario à toda persona extraña al Imperio.

[Llegó a ser ademas la mas aventajada discipula de aquellas famosas

escuelas de elegancia,
una de las glorias de
la Tebaida. El arte de
la seducción, el estudio
de los cuidados íntimos,
era considerado entonces,
con justo título como uno
de los aditamentos más
importantes de la edu-
cación femenina.

El como la mujer
puede hacer de su cabe-
llera un pájaro cada
día distinto, y de las
uñas otros tantos res-
plandecientes rubies;
la ciencia del maqui-
llaje, la de los perfumes,

la de las actitudes, la de las sonrisas, la de las inflexiones de la voz.... todo esto llegó a ser para ella un alfabeto familiar.

El aprendizaje del oficio de mujer iba más lejos todavía; el arte de las caricias se enseñaba con detalle y precisión a las princesas de la Corte.

La madre del Faraón lo vigilaba muy especialmente, sabiendo que la experiencia de la esposa

es la mas segura ya!
-santia de la felicidad
del esposo.

Tras tales clases
tenian lugar en una
sala especial del pala-
-cio; en ella todo ha-
-blaba de amor; mosai-
-cos y bajorelieves que
representaban abrazos
complicados; lechos ba-
-jos cubiertos de pieles
suaves, musicas enervado-
-ras de los sentidos, per-
-fumes afrodisiacos que
flotaban en el aire.

En el centro, una gigantes-
-ca estatua de Amarchis

diosa del amor, sonreía a sus discípulos.

Aquella mujer llena de astucia, ¿había exigido de Makeda a fin de probarla, este aprendizaje que no la serviría nunca.?

Durante las primeras sesiones, Makeda tomó gran interés por las explicaciones de los profesores, y no solo esto sino que un día consintió en reproducir con uno de ellos, las primeras figuras del juego encantador.

En esto no veía nada

de peligroso; llegó a saber como nadie el nuevo capitulo escrito expresamente para ella por un principe retrado.

Pero el abrazo del profesor, haciendose cada vez mas estrecho, la produjo una angustia desconocida. Aquellos olorosos efluvios que flotaban en el aire, aquellos gemidos de las virgenes enervadas, y aquel calor que se apoderaba de su cuerpo.... Se puso rigida. El profesor queria retenerla, atribu-

-yendolo a timidez de
novicia.... Despues con to-
-das sus fuerzas, clavó
las uñas en el brazo del
hombre, que rodeaba su
talle, le dió un empu-
-jón y partió a la ca-
-rera.

La emperatriz la
habia seguido.

Makeda se arrojó a
sus pies.

¡ Oh madre todopo-
-derosa, no puedo, no puedo
mas !

¿ Que turbacion es
esta, ? dijo la madre del
Faraon ; ¿ que es lo que

no puede la inteligente
Makeda.?

¡ Están aquí... seguir
estas lecciones... ¡ ¡ Todo es
tan dulce en Egipto, tan
tentador !... No puedo más,
... quiero volver a mis me-
-setas... cerca de mi padre;
... arrojar el disco, correr
en carro, luchar, cazar
la gacela; he aquí los
ejercicios que convienen a
Makeda, y no estas cien-
-cias tan deliciosas ense-
-ñadas en Tebas. Me ha-
-cen sufrir de una manera
que no comprendo....

La emperatriz acari.

-ció dulcemente a la muchacha.

- Cálmate niña. Yo te dispenso en adelante de las lecciones de amor, y te autorizo esos ejercicios violentos a que hacías alusión. Pero no hables de abandonarnos, porque tu educación no ha terminado, y además porque te me has hecho muy querida.

El feroz pudor de Makeda reaseguraba en efecto a la emperatriz.

Mas si creía conjurado todo peligro se equivocaba.

Con mirada paternal, regocijada, el Faraon contemplaba los viriles ejercicios a que se entregaba la princesa.

Sin embargo, su hijo Domedo seguia las evoluciones con otra clase de mirada.

Es, que el principe Domedo se habia hecho un bello adolescente mientras ella se convertia en una muchacha.

Esta mirada no dejaba de emocionar a veces a Maxeda.

Un dia en que el Faraon les autorizo para

cazar juntos la gacela;
se perdieron en un bosque
de mimosas, echaron pie
a tierra y se tendieron a
la sombra del ramaje.

¿Por que les era tan
dulce sentirse perdidos.?

Un olor mas em-
-briagador que todos los
aromas del templo de
Amarchis flotaba en el
aire; y la musica del
viento a traves del sedoso
follaje, era mas acaricia-
-dora que los sonidos
del arpa bajo los mas
expertos dedos.

Durante un largo

nato no se dijeron nada,
pero de pronto, Dometo
inclinose sobre Makeda
y la cubrió de caricias,
desde los entornados pá-
-pados hasta los senos.

No eran ciertamente
sabios los precipitados besos
del príncipe. La paciencia
lasciva y calculada que
se enseñaba en los tra-
-tados asirios le era total-
-mente desconocida; ¡pero
cuanto más peligrosas
eran estas caricias in-
-genuas.!

Esta vez, Makeda
no se apartó con cólera

del estrecho abrazo, sino con el gemido de un dolor en el que el amor se descubría al mismo tiempo.

Domedo, cuya juvenil pasión llegaba a los límites de la locura, desde que conoció el gusto de los labios de Makeda, corría hacia ella en cuanto la veía aparecer, y la seguía por todas partes; y esta mirada suplicante, aun lejana, la sentía Makeda y la recordaba siempre la caricia

interumpida despertándose su pesar....

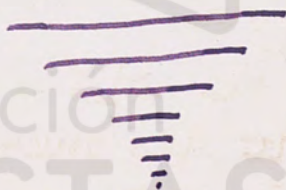
El príncipe Amriam se decidió a enviar al rey de Symien, un mensaje informándole de que la educación política y mundana de su hija era ya cosa cumplida, y que ella misma solicitaba el permiso para volver a Axum.

La respuesta del rey fue afirmativa, y Makeda abandonó Tebas la de las Cien puertas.

Por última vez, mientras se alejaba, tendida

sobre su litera, llevada por seis negros de Nubia, Makeba sintió posarse sobre su carne la perdida mirada del príncipe Domedo.

Y durante mucho tiempo, esta mirada la siguió a través del desierto.



Fundación
ANASTASIO
DE GRACIA

- III -

¡ Oh tu que vas a
reinar !

Un terrible dolor
la esperaba en Axum.
Su padre, el rey profeta
Angrebo, había caído
gravemente enfermo du-
rante su viaje. El astro-
logo de Palacio acababa
de leer en el fondo del
firmamento la llegada
de una revolución astral,
presagio de muerte.

Después que Makeda
hubo llorado al pie
del lecho, su padre la
dijo:

Levantá la cara hija
mía bien amada, y es-
-cuchame: Es a una prin-
-cesa llena de encantos
y cuyos ojos brillan de
inteligencia a quien ve
volver de Tebas la de
las cien puertas.... Ya
estas instruida de todo
cuanto una mujer des-
-tinada al trono debe
saber para gobernar con
sabiduría y reinar
con prestigio.... Aun te

falta sin embargo cono-
-cer las cosas esenciales
y secretas, por boca de tu
padre.... Para que yo
pudiera transmitirtelas
¡Oh hija mía!, el Eterno
ha permitido que te
anticiparas al astro fa-
-tal, que ha de llevar
por el espacio el alma
de su servidor....

Escuchame con
atención ¡oh Mammeté!,
aunque entre los sucesos
cuya narración vas a
escuchar exista alguno
ya conocido por ti. Al
habo de la historia

conocida. de los pueblos
hay la que solo saben
los inteligentes a quienes
Dios confía sus destinos...

Escucha pues las dos
historias; la notoria, y
la secreta, ¡oh tu, que
vas a reinar!

Amquelo comenzó
asi:

- Cuando Moises el
profeta llevó fuera de
Egipto a los hebreos, va-
rios millares de israel-
-litas. ¡oh Makeda, tu
lo sabes!, no quisieron
seguirle y quedaron en
Menfis. Eran los mas

instruidos de entre los
hebreos sometidos al
Faraon; tejedores, orfebres,
escribas.... Tales fueron
nuestros antepasados
¡oh hija mia!

« Pero el espíritu muy
cultivado engendra a
veces la duda impia, y
he aqui porque nuestros
padres no querian creer
en las promesas del
profeta.

« ¡ Oh, cuan cruel-
mente debian expiar su
crimen!

« Cuando la marea
del milagro del Mar
Rojo, llegó a la Capital

de los egipcios, estos, ciegos de cólera dirigieronse hacia el barrio de los hebreos, y durante toda la noche hubo una matanza espantosa.

« Algunos centenares de israelitas resolvieron esconderse, pero al llegar el día fueron cogidos y llevados ante el gran sacerdote fueron condenados a ser ahogados hasta el último en el Mar de Sangre, allí, donde el Eterno hizo caer las aguas sobre

Amenoftis II.

« Desde lo alto de una roca, terrible para los navegantes, debían ser precipitados.

« Esta roca (1) no pudo jamás ser apercebida por los verdugos, porque el Eterno hizo levantarse de pronto un ciclón y las arenas se elevaron hasta los cielos en columnas de torbellino, y durante seis días todas las cosas quedaron invisibles.

(1). La roca llamada de la venganza.

« Entonces los egipcios se dijeron que aquel Jehová de los hebreos debía ser un Dios, poderoso como no se había visto nunca, y llenos de angustia abandonaron a los condenados allí, es decir en el desierto.

« Perecerían de sed, pensaban los egipcios; ¡y quien no lo hubiera creído, ¡maldada.?

« Mas el Eterno quería ampliar su clemencia a aquellos hijos extraviados.

« Entre los escapados,

uno, Isaac habia servi-
do como escriba a un
rico negociante de Egipto.
Por eso, el mapa del
mundo estaba escrito en
su espiritu.

«¡Escuchadme
hermanos, ¡dijo. Hay que
marchar hacia el Sur.
No lejos del sitio donde
estamos, corre un rio.
Busquemosle, sigamos su
curso y llegaremos a
la comarca situada en
el nacimiento del Nilo,
pais fertil en donde
crecen toda clase de
hierbas y de arboles

frutales.... Mi maestro aseguraba tambien que existia oro bajo la tierra

....
« ¡ Marchemos hacia el Sur, hermanos !

« Y nuestros padres siguieron el consejo de Isaac.

« Durante semanas y meses caminaron.

« Llegaron al fin, a donde nosotros estamos, ¡ Oh hija mia !, sobre esta meseta de Symien, bendito de Dios, al Este de la Nubia y al Oeste del pais de los asaima-
-nas, a tres mil metros

por encima de las a-
guas del mar.

« Y pasaron cuatro siglos.

« Los descendientes de los esclavos de Amenof-
tis llegaron a ser un pueblo de pacíficos agri-
cultores, dividido en doce tribus. Había entre ellos un buen número de or-
febres muy hábiles cuyo arte heredado de sus mayores era apreciadi-
simo por los comercian-
tes que atravesaban la comarca.

« Tu padre, ¡oh Makeda!

fue uno de aquellos vi-
-febres, y lo dice muy alto
sin avergonzarse de sus
origenes modestos

« De lo que si me
avergüenzo es de haber
practicado la idola-
-tria en mi juventud,
idolatria en la cual
habia caido mi pueblo...

« ¡ Oh vergüenza !

Cuando Jehova colmaba
de bienes a sus hijos,
estos no le adoraban.

Se prostrarian en ade-
-lante ante una gi-
-gantesca serpiente
que los tenia aterrori-

-zados. Cada día sabi-
-tico iban con gran
ceremonia a llevarle un
macho cabrio a la
puerta de su caverna, y
en tanto que permanecía
visible, aquellos insensa-
-tos estaban prosterna-
-dos con la mano dere-
-cha tocando la tierra,
y la izquierda levanta-
-da.

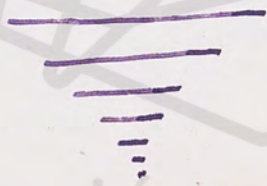
« ¡ Si Makeda!; tu
padre fue uno de aque-
llos insensatos. Su mano
derecha tocaba la tierra
ante el monstruo. El,

creía como todos que las fauces del dragón vomitaban llamas, y su nariz humos pestilenciales. ¡ El creía haber visto este fuego y respirados estos humos!

« Pero el Eterno que tenía el designio de restablecer la verdad por la palabra de Anquebo; el Eterno infiltró en su espíritu el deseo de partir por las rutas del universo...

« Uno de estos negociantés nómadas que

recorrian el mundo
con gran escolta trans-
portando en carros mon-
tones de telas y de obje-
tos preciosos, me propuso
formar parte de su ca-
navana. Abracé a mi
madre y parti....



Fundación

ANASTASIO
DE GRACIA

Centro Documental
- IV -
Archivo

Lo que Anquebo no
dijo a Makeda.

Llegado a este punto de la narración, Anquebo se calló un momento.

Era que la respiración se debilitaba en su pecho. Era también que le agradaba evocar en silencio esta bella aventura de su juventud.

... El largo descenso desde las mesetas hasta

el Nilo.... La deslumbradora
travesía de la Nubia al lado del río gigante.... Las cataratas
.... Transporte de mercancías a lomos de los camellos, hasta otro velero que esperaba río abajo.... Y, al fin, Tebas, Tebas la de las cien puertas, capital del comercio, de las industrias, y de las artes, luz del mundo, meta de todos los viajes....

El protector de Amun le había colgado desde su llegada

en casa del orfebre particular del Faraon, pero el trabajo no absorbia todas las fuerzas del joven symiernes....

Acostumbraba a frecuentar las casas de danza y de juego, incontables en Tebas.

Una noche fue llevado a un garito en el cual, segun habia oido decir los premios eran mujeres.

Tres criaturas deslumbradoras se ofrecian aquel dia a la codicia de los jugadores.

La primera era una muchacha griega de tinte pálido.

La segunda una nubia, negra como un cielo nocturno.

Mas cuando apareció la tercera bailarina, que no era ni blanca ni negra, algo se paró en el corazón de Anquebo, desbordante al mismo tiempo de tristeza y de dulzura...

¿Que le recordaba aquella muchacha, a lo que no habia visto nunca? Aquel tinte dorado, aquellos

grandes ojos sombríos,
aquella boca tan bien
modelada, melancólica
y sensual.... Danzaba, y
todo su cuerpo participaba
en la danza lasciva.

Sus brazos eran alas;
su talle tenía la flexibi-
-lidad del junco, y sus
senos la redondez del
fruto.... Anguebo la de-
-seó en seguida.

Jugó para tenerla
e hizo trampa.

La dueña de la
muchacha le vio. Nada
dijo pero se aproximó sien-
-do al joven, con la mano

subrepticamente abierto...

Anguebo comprendió la intriga. Dio a la proxeneta un puñado de oro, y tuvo en sus brazos a la que quería.

Entonces comprendió Anguebo el secreto de la extraña nostalgia que se había apoderado de él en el momento en que había visto aparecer a la joven danzarina.

¿Cual es tu nombre?
preguntó.

Ruth, fue la respuesta
¡ Pero ese nombre no
es de este país !

Es un nombre de Jerusalen, pueblo de mis antepasados. Mi madre era cortesana; mi padre un rico negociante á quien ella conoció en Joppé. Nos trajo sobre su velero hasta aquí, donde a los quince años fui vendida por una criada a este tabernero en cuya casa, me muestro desde entonces todas las noches... ¿de cuentas bella? No me lo has dicho...

Es que no puedo explicarte con palabras

cuanto me gustas.

¿ Serías acaso ju-
-dio.?. Cada vez que uno
de mi raza me ve, me
deseara enseguida.

¿ Hay entonces mu-
-chos judíos en Tebas ?,
preguntó Anquebo, elu-
-diendo la pregunta
anterior, que le había
inexplicablemente turba-
-do.

Si, muchos.

¿ Querrias llevarme
a una de vuestras reu-
-niones

Desde luego, pero, ¿cual
es tu religion.?

El la explicó el culto de la serpiente sagrada, lo que hizo reír mucho a la bonita Ruth.

Te prohíbo que te burles de las creencias de mis hermanos, exclamó Anquebo encolerizado. Es un dios terrible, vomita fuego....

Entonces, la pequeña cortesana pasó su brazo alrededor del cuello del muchacho, esperó un momento, y cuando le vio apaciguado hablóle del

verdadero Dios.

Las palabras de Ruth fructificaron en el espíritu de Anquebo durante la noche. Cuando se despertó por la mañana, sintióse otro hombre en los brazos de Ruth la danzarina.

Así penetró la santa semilla en el espíritu de Anquebo, en el transcurso de una noche de amor....

Però un padre no puede contar ciertas cosas a su hija. He aquí

porque Anquebo se ca-
llaba.

Continuó su narra-
-cion en estos términos:

« Fue en Tebas la
de las cien puertas | oh
Maqueda, donde tu
padre debía volver a
encontrar el camino
de la verdad, guiado
por Azaria el gran
Rabino de la ciudad,
a quien conocí por
intermedio de una
danzarina de Joppé
llamada Ruth... la
cual había venido a

comprarme un colliar....

Este viejecito, profundamente versado en la ciencia de las escrituras, no tuvo que esforzarse mucho para hacer brillar ante mis ojos engañados la santidad de nuestra religión verdadera, es decir la que practicaban nuestros abuelos bajo Moises.

« Como Azaria unia al conocimiento de las cosas santas, el de los negocios, llegué a ser como discípulo suyo, un comerciante experto y rico.

« Como en fin, mi
viejo maestro unia unia
tambien a tanto cono-
-cimiento la adiminacion
de los medios por los
cuales se conduce a
los pueblos hizo conce-
-bir en mi espiritu el
deseo de hacer grandes
cosas en Synien.

« Y he aqui como,
catorce años mas tarde,
Anguebo volvio de Egipto
decidido a convertir a
sus hermanos a la
religion de Jehová; des-
-pues de esto, a tomar el
poder, y habiendole

tomado, a guiar a
nuestro pueblo en el
verdadero sentido, que es
el de ligar su destino
al del pueblo hermano
establecido en Canaan
por la palabra de
Moisés.

« Por eso, el Eterno
ha querido que tu padre
fuese profeta a su vez,
¡Oh Makeda!

Fundación
ANASTASIO
DE GRACIA

Centro Documental
V
Archivo

La muerte del profeta

Anguebo se calló.
Pensaba en todas estas cosas, mientras su mano erraba temblorosa por la bella cabellera trenzada y olorosa de su hija muy querida...
¡Oh amargura en medio de la potencia y de la gloria!. Anguebo

habia deseado siempre un hijo, pero Dios no habia querido que Raquel su mujer le diera un varon. Raquel murió, Hammeté quedaba como hija única del profeta, y aquel cuerpo odorable, no recibiria ¡ay! la semilla de la vida. Tal habia sido la condicion impuesta por los sacerdotes al ser legada la corona a la hija del rey. Amquebo se habia inclinado, pero, ¡con que dolor de padre!

¡ Y hoy, esta hija adorada volvia de Egipto lozana y vibrante de vida! Nunca como en aquella hora de la muerte, se le habia revelado su Anguebo en todo su horror, la crueldad del juramento exigido a la impuber.

Supo sin embargo acalliar su revuelta interior. Y dijo despues de un largo silencio:

Hija mia bien amada; ¿sabes por que los rabinos ordenaron que prestases

juramento de virginidad
ante el Tabernáculo. ?

Makeda levantó su
hermosa frente, partida
por aquel pliegue precioso
que se acentuaba al
pensar en estas cosas.

Si, padre mio, lo
sé. Es para que perma-
nezca firme en mi
carne y en mi espíritu,
contesté con orgullo.

¿Y además. ?

Para que no pueda
jamás un príncipe
extranjero influir en
mis pensamientos, dijo

con voz un poco menos
segura porque acaba-
-baba de acordarse
del principe Domoedo.

Respondes bien
Makeda, pero hay
una razon mas po-
-derosa. El trono don-
-de vas a sentarte, hi-
-ja mia muy querida,
no es solamente el
de un rey o el de
una reina de la
tierra; es sobrenatural
es sagrado como un
altar, porque la glo-
-ria que yo te transmito

me viene de Dios, y sería impio que lo compartieras con ninguno de los reyes conocidos, todos entregados a la idolatría....

Aunque callose meramente. Estos argumentos con los cuales le habian persuadido entonces, en tiempos pasados los sacerdotes, no los aceptó nunca su razón y los rechazaba todavía en esta hora suprema.

Siempre le mantuvo
una confusa esperanza:
Dios en su bondad ve-
laría sobre su raza
y no la dejaría perecer.
... Y el pensamiento
viajero de Anquebo iba
hacia aquel Reino de
Canaan del cual los
comerciantes nómadas
ponderaban sus dul-
zuras y su cielo extra-
ordinario... ¿Podría
ser que un día alguna
estrella...?

Nunca dejó trans-
lucir esta esperanza.

Continuó diciendo:

¡ Se pura Uakeda,
se fuerte! ¡ Uas pura
que la perla y mas fuerte
que un hombre!

¡ Seré pura, seré
fuerte! repitió Uakeda
como electrizada.

¡ Se grande! ¡ Uues-
tra al mundo asom-
-brado lo que una mu-
-jer puede hacer de un
Imperio y de un Pueblo,
lo que puede hacer de
ella misma!

¡ Seré grande!
¡ Este Reino sagrado

que pongo en tus manos
ha de ser ensanchado
mas todavia ¡La mira-
-da de una reina hebrea
no debe pararse en las
fronteras. Debe extenderse
a todos los sitios donde
vivan hebreos. ¡; Mira
hacia el Norte Makeda!

¡Miraré hacia el
Norte!

¡Allá se extienden
las tierras dichosas en
las cuales reina David..
David ha extendido su
territorio hacia el Sur,
hasta el pais de Edom....
La reina de Symbier

debe extender el suyo ha-
cia el Norte.... Hacia el
Norte.... Por ella se haria
la soldadura, y Symien
y Canaan reunidos,
constituirian un in-
-menso Imperio que ha-
-ria temblar al Univer-
-so!

Los ojos de Anguebo
se fijaban con pasion
en un punto invisible
del espacio....

Pero bien pronto, es-
-ta mirada de fuego se
hizo borrosa. La voz de
Anguebo convirtiase en
una voz debil y dulcisima.

¡ Ven mas cerca Ma-
-mmeté... Mas cerca
todavía, que yo pueda
decirte el pensamiento
director... el que está
grabado allí en Tebas,
sobre nuestros templos...

Es necesario unir Ma-
-mmeté, unir... lo que fué
dividido... No tener mas
que un pensamiento...

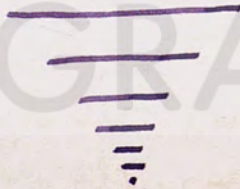
Las palabras eran ya
casi ininteligibles. Anque-
bo hizo un esfuerzo su-
-premo. Se incorporó en
el lecho; parecía sin a-
-liento. Y Chakeda pudo
oir muy distintamente

la máxima sagrada
que debía guiar su vida:

¡ No tener mas que un
pensamiento. No tener
mas que una sola alma!

De pronto, Makeda
se abatió sobre el lecho,
giritando y desgarrándose
las mejillas.

En el cielo de Symien
acababa de aparecer el
cometa resplandeciente,
descendido para recoger
el alma del rey profeta.



Centro Documental

Archivo

Funerales.

Anguebo, vestido con la túnica púrpura de los profetas era conducido hacia la morada que se había hecho construir en la roca, al Norte de Axum.

Inmediatamente después de las fúnebres andas, venia el innumera-

-ble cortejo de rabinos
de todas las sinagogas
del Reino, y a seguida
de ellos Makeda.

Vestía la ropa
amarilla de gran luto
cuya tela desgarrada
dejaba ver sus bellos
senos, desgarrados tam-
-bien. No llevaba nin-
-guna alhaja. Sus ca-
bellos caían hasta los
riñones, en un gran
desorden negro. La san-
-gre caía de su cara
frotada, desde hacia
dos días con telas ásperas;

y los párpados de sus bellos ojos, que habian vertido tantas lagrimas, estaban azules e hinchados.

Los otros miembros de la familia real avanzaban detras de ella.

A continuacion, los dignatarios, los letrados, los escribas, los servidores. Luego la guardia, y por fin, el pueblo, incontable y gembundo.

Despues de dos

largas horas de marcha bajo un sol cruel, el lloroso cortejo llegó a la tumba real.

Y en tanto que la multitud cantaba una fúnebre letanía, descendióse el cuerpo a la cripta construida en las murallas, ornadas de inscripciones jeroglíficas.

Entonces, procedióse a la larga ceremonia de depositar las santas efigies.

Primero fue llevada piadosamente por el Gran Rabino la efigie

misma del difunto esculpida en madera de cedro. Representaba al rey en el esplendor de su juventud, tal como el pueblo gusta de evocar a los que ama.

Luego, entre dos haces de flores frescas, Makeda depositó su propia efigie esculpida en oro puro.

Los soldados introdujeron en la cripta el cano del rey y la escultura de su caballo preferido. Los agricultores llevaron un arado y

trigo; los pastores esta-
-tuillas figurando in-
-genosamente su rebaño;
comerciantes nómadas,
pequeños camellos de
tierra cocida, y los
armadores, veleros en
miniatura; los orfe-
-bres alhajas; los comer-
-ciantes. algodón, lana,
telas....

Terminó todo. An-
-guebo podía presentarse
ante el Eterno con sus
obras.

....y cuarenta días
mas tarde, la hija de
Anguebo designaba los

treinta embajadores encargados de ir a anunciar a los reyes vasallos y aliados, que a los ciento veinte días tendrían lugar las fiestas de su coronación.

La ceremonia fue magnífica.

Habiase dispuesto, a alguna distancia del palacio, un cielo artificial, sostenido por mástiles espaciados. Bajo este velo gigantesco se construyó un estrado de ochenta

codos por cuarenta,
coronado por un tro-
-no de oro macizo cons-
-telado de pedrerías, y
de cinco codos de ele-
-vacion.

Desde el alba,
la planicie que rodea-
-ba a Axum, se cubrió
de peregrinos; marcha-
-ban hacia la capi-
-tal, en grupos tan den-
-sos que impedían ver
el sol con el polvo que
levantaban.

Los guerreros de
la guardia ascendían
a cuatro mil. Desple-

garonse a lo largo del trayecto que debía seguir el cortejo. Era una doble fila de hombres espléndidos, todos exactamente de la misma talla, lanza al puño y con sus escudos que despedían bajo el ardiente sol, tales fuegos que hubiera podido decirse que iban vestidos de llamas.

Seguía luego la música: tambores, címbalos, sistros, modulaban sus cojudos sonidos

al ruido sordo de los
tampanos....

Cien rabinos se-
-guian a esta fanfarría.
Después avanzaba el
Tabernáculo sagrado lle-
-vado por doce grandes
sacerdotes, y detrás, cien
rabinos más.

Apareció entonces
el encantador cortejo de
las doce vírgenes, represen-
-tando las doce tribus.

Entre las doncellas se
encontraba Makeda a
la que ningún signo
particular permitía dis-
-tinguir de las otras.

Todas indenticamen-
-te vestidas. Sobre la
camisa de algodón pu-
-rificado en el agua
santa y secado sobre
la misma piel, una
simple túnica de seda
blanca. Una banda pur-
-purada ceñía la cintura,
y el casto dirrib se arro-
-llaba al cuerpo con sus
ocho codos de largo y
tres de ancho. Marchaban
humildes y puras con la
cabeza tonsurada. (1) y

(1) - El aceite santo no debe tocar
más que la epidermis. -

sin alhajas, las doce vir-
genes de Israel....

Una larga comitiva
multicolor y engalanada
desfiló aun: los reyes
seguidos de sus esclavos
portadores de presentes;
los dignatarios, los magos,
los escribas, los jeroglifis-
-tas, los gramáticos....

Cuando todos estu-
-ieron colocados en su
sitio, un heraldo avanzó
y dijo:
«¡Salud a Ti Jehová
Todopoderoso!
«¡Salud a vosotros
nobles invitados!

« ¡Salud a ti, pueblo de Symbien.!

« ¡Escuchad todos!

« ¡Si alguno de entre vosotros tiene que formular alguna objeción contra la santidad de nuestra regente Ma-keda, hija de Anquebo, que avance y lo diga!

Un silencio solo comparable al del desierto, fue la respuesta.

El heraldo dijo entonces:

« He hecho constar el asentimiento de los señores, de los rabinos

de los letrados, de los
oficiales, de los guerreros
y del pueblo.

« En su vista, pro-
clamó que Mammété,
llamada Makeda, se
nombraría en adelante:

« Reina de Symien
y de los Estados vasallos.

« Perla purísima.

« Reina de reyes.

« Leona de la tribu
de Judá.

« Elegida de Jehová

« Dueña del día y de
la noche.

« Dominadora de
las aguas fertilizantes.

« Dictadora de los movimientos celestes y de las aguas.

« Y esto, por la gracia de Jehová Todopoderoso.

De cuarenta mil bocas se elevó un grito formidable:

- ¡Li, li, li! ¡Laul Mare.
- da! ¡Li, li, li!

Fueron necesarios varios minutos para que el Gran rabino pudiese calmar este tumulto de entusiasmo y de amor.

Entonces avanzó hacia las doce vírgenes

arrodilladas sobre el
último escalón del esta-
do y parándose delante
de Makeda dijo:

Entre las doce vir-
genes de las doce tribus
de Israel aquí prosternadas,
Jehová con su
licidez ha elegido para
reinar sobre este pueblo
a la que pertenece a la
tribu de Judá, Makeda,
la Perla, hija de Amquebo
el profeta.... ¡Avanza
Makeda!

Makeda obedeció
avanzando de rodillas

¡ Yo te consagro
reina Makeda, dijo
el gran rabino vertien-
do en medio de la ton-
sura algunas gotas de
aceite santificado.

¡ Que Jehová bendiga
tu Reino y te comunique
su sabiduría!

Un nuevo clamor
estalló:

¡ Li, li, li, li, li, li, li, li, li, li, li, li.

Pero la mano del
gran sacerdote se levantó
por segunda vez y en
medio de un religioso si-
lencio, Makeda subió

al trono prestigioso.

Apareció entonces a todas las miradas en su belleza virginal.

Pero bien pronto, aquel cuerpo pequeño y fino se vio recargado con los pesados atributos de la realeza, piadosamente aportados por príncipes adolescentes.

La frente pura desaparecía bajo un gorro de seda roja sobre el cual colocaron la corona de oro con siete perlas. Desplegóse sobre sus jóvenes hombros

una capa de seda verde, y encima de esta otra mas amplia de seda purpurada. Un cinturón de piedras preciosas ceñia el talle. Un servidor de palacio colocado detras del trono desplegó por encima de la augusta cabeza el doble quitasol bordado con animales sagrados; un esclavo negro de pie a su lado comenzó a agitar el gran abanico de pelos de cola de girafa.

Y por fin, en tanto que el Patriarca de la tribu de Judá ponía en la diestra de Makeda un cetro cuyos dedos de ébano tenían cogida una perla del queso de una avellana, el Gran Rabino la entregaba sobre un almohadon verde, una perla mas colosal todavia, y que la Perla viviente tomó entre el pulgar y el indice, como hacian los dedos negros del cetro.

El tocado de la reina termino. Levantose descendiendo con tranquilidad la majestad los escalones, se dirigió al altar y con la mano extendida por encima del Tabernáculo, pronuncio con una voz firme:

Yo, Dakeda, juro reinar para la dicha de mis subditos, y asimismo observar las leyes divinas. Reitero el juramento de permanecer virgen hasta mi muerte, y afirmo que

La pureza de mi cuerpo
es un bien sagrado
que pertenece a mi pue-
-blo.

¡Li! ¡li! ¡li! clamó la
multitud a estas pala-
-bras: ¡Li! ¡li! ¡li! Laul
Makeda. ¡Li! ¡li! ¡li!

Y este grito que ya no
retenia la mano del
Rabino, se elevó esta vez
tan alto hacia el cielo,
se extendió tan amplia-
-mente por los campos, y
tantas rocas lo repercu-
-tieron que las bestias fe-
-roces asustadas huyeron
de los campos vecinos.



Centro Documental

—VII—

El hermoso principe
Assadarón

Entre todos los reyes
y principes aliados lle-
-gados para asistir a las
fiestas de la coronacion,
el que eclipsaba a los
otros por lo soberbio de
su actitud, por lo deslum-
-brador de sus vestituras

y por la suntuosidad de los presentes aportados, era el sobrino del emperador de Babilonia, Assadaron, principe de Tadjara.

Con un noble porte sin igual, el joven embajador de Salmanasar, llevaba un traje bordado en oro segun la moda egipcia, ceñido al talle por un cinturon de pedreria. Una capa verde de largos pliegues, echada con cierto descuido sobre el hombro envolvia oblicuamente su torso.

La sandalia asiria de gruesa suela brillaba en sus pies, y cubría sus piernas con espinilleras hechas con placas de oro puro.

Su cara bronceada tenía ese aire de fiera nobleza que da la costumbre de desafiar el peligro. La mirada de sus ojos sombríos era casi insostenible. Llevaba la barba, muy negra, artísticamente trenzada.

A pesar de todo, este príncipe, cuya voz.

-lencia de carácter era conocida, tan pronto como su mirada distinguió entre las doce vírgenes a Makeda, que -dose sin pestañear, y hubiera podido decirse que el rayo del cielo cayendo sobre el, le había paralizado (1)

Cuando le llegó el turno para depositar a los pies de la reina los regalos de Salmanasar (cofrecillos con perfumes,

(1) - El original dice "petrificado" pero hablar así de los efectos de un rayo es cometer un vicio de barbarie contra la ciencia.

estuches llenos de alhajas,
pieles, animales raros, y
piezas de telas preciosas)
las palabras que salie-
ron de su boca, proba-
ron que la reputación
de temerario no era
ninguna leyenda....

Después que hubo
enumerado sus títulos
y recitado los cumpli-
mientos enviados por su
tío y señor, añadió:

¡Oh Perla! Una
roca pesa sobre mi
corazón desde el ins-
tante en que mis ojos
te han visto. ¡Por Baal!

Tu encanto es unico en el mundo. ¿Permites ¡Oh divina! que Assadarion selle con un beso la amistad de Asiria de la que soy portador.?

Y como la manecita cargada de sortijas se levantara para contener aquella ola de homenajes, el continuo:

¡No estoy ofuscado, oh Perla!. En el pais de donde vengo el beso es solo signo de alianza sin reserva. Asi pues, tu repulsa se debe sin duda

a una ofuscación.

Los reyes se miraban extrañados; murmuraban los rabinos...

El príncipe Amram interino:

¡Juste Assadaron, tus palabras nos llenan de asombro. ¿Es que no has oído el juramento de la Perla.?

- Sí, lo he oído.

¿Y esto no te ha hecho pensar que tal vez lo que es corriente y normal en los usos de la Corte del gran Sal-manasár, es impio bajo nuestro cielo.?

Assadarion no res-
-pondió.

Los dos se callaron.
¿Que pasaba en el
espíritu de Makeda? Su
mirada se fijó en el
asirio solo un instante;
pero, ¿sería posible que
haya entrado en su
alma, la mirada del
temerario, que parece
tener las propiedades del
fuego?.... O bien, ¿ha
sido la intervención de
su tío la que la ha
herido? No quiere al
príncipe Amriam cuya
futela le parece indis-
-culta.

Yndiferente a todas las otras miradas que la espianaban inquietas, escandalizadas ó celosas, sonrió incliniándose un poco y dijo:

La amistad de un emperador como Salma-nasar me es preciosa en extremo para que yo re-huse à su enviado el favor que solicita. Acepto, Assondaron el que sellemos nuestra alianza al estilo de tu pais.

Y la boca de la elegida de Jehová se ofreció al beso del adorador

del dios Baal.

Empezó el banquete.
-te.

Fueron servidas
cuarenta mil personas.

Se sacrificaron mil
bueyes, y dos mil carneros
cuya carne estaba guisa-
da con una salsa de
pimienta roja, y envuelta
en hojas de higuera. La
hidromiel corría en
torrentes, presentada por
los esclavos, en enormes
cuernos de buey. Tan pronto
se vaciaban volaban a
ser llenos. Muchos con-
-dados no tardaron en

caer adormecidos por los vapores del tedj. Segun caian, unos negros vigorosos los transportaban a la llanura, de la que subia hasta las estrellas, un inmenso canto de embriaguez.

Sobre el estrado real presidido por el akeda se servian a los principes y dignatarios los platos mas raros: saltamontes fritos con manteca de camella; chuletas de gacela, carne blanca de camello....

Mientras los poe-
-tras improvisaban canti-
-cos de alabanza a la
Perla, las muchachas
tocaban el arpa, los acro-
-bacias volaban en el
aire, los enanos hacían
gestos y los payasos pise-
-tras; los animales ama-
-trados imitaban al hom-
-bre y los monstruos hu-
-manos a los animales.

¡Ay!, pero el príncipe
Assadarón no oía nada,
y apenas si sus labios
tocaban los deliciosos
manjares.

Ahora que su boca conocia el gusto de la boca prohibida, ningun sabor del mundo podia entusiasmarle.

Despues de oir el sonido de la voz tentadora ninguna musica podia recrearle.

Desde que sus ojos habian encontrado la mirada violeta, ningun espectáculo podia entusiasmar sus ojos.

Despues de haber respirado el perfume de aquella carne prohibida,

-112-

no existia incienso en
toda la Arabia, ni
rosas embalsamadas en
Persia para encantar
meramente a Assadaion.



Fundación
ANASTASIO
DE GRACIA

Centro Documental
— VIII —
Archivo

El collar de ambar.

En el festin del dia siguiente, porque las fiestas debian durar tres dias, cuando llego la hora de las narraciones de aventuras y de conquistas, el principe Assadoron recobro su facundia.

Conto su primer

viaje a las regiones del Norte donde todo era asombroso.

El emperador su tío, cuyas colecciones de animales raros eran célebres, y que deseaba ofrecer a Babilonia una pareja de leones con peruanos, descritos por los viajeros, había aceptado el ofrecimiento de su hermano Nisán, de ir en busca de alguno de estos monstruos, y Assadarón obtuvo el permiso de acompañar a su padre

en la peligrosa expedición.

Durante largo tiempo, los exploradores hicieron vela hacia el Oeste, y luego hacia el Norte. Habían desembarcado en la desembocadura de un río que remontaron tranquilamente. Muchas fueron las semanas de marcha a través de los desiertos plantados de árboles negros....

Por fin, ¡oh reina! vimos unos hombres, si puede llamarse así a los habitantes de estas

regiones perdidas. Y no-
-ran todo progreso, están
famielicos y son medrosos.

¿Son bellas sus
mujeres. ?

Son de una blan-
-cura cuya vista incita
al vómito. Su piel es co-
-mo la leche, sus cabellos
amarillos como un ves-
-tido de luto, y sus ojos,
tan claros que se cree
ver el cielo a través.

¿Que clase de
ropas llevan. ?

- Pielles, cueros de
bestias mal curtidos.

¡Que abominacion!

Pero, ¿por que se visten tan miserablemente?

Es que hace un frio terrible en aquellas comarcas, ¡oh reina!

Desde que llega el invierno empieza a caer una lluvia blanca y glacial. Se parece a la lana de los carneros. Caer muy lentamente, muy lentamente, y queda en tierra. Sobre esta cama de agua blanca, el pie se desliza de una manera extra-

-ña
¡ Que cosa mas extraor-

-dinaria 1

El rigor del clima produce fenómenos más asombrosos todavía, ¡oh Perla! Así, ciertos días, estos árboles negros de los que ya he hablado, se visten de maravillosas pedrerías que cambian de color según se va andando. Los ríos se inmovilizan en su lecho, las cascadas quedan suspendidas en el aire y el agua de los lagos se hace tan dura que puede caminarsse sobre ella.

¡ Oh maravilla! ¿ Tu lo has hecho. ?

- Yo lo he hecho

Makeda suspiró. Se hizo un silencio.

Pero enseguida Assadaron vio la mirada violeta posarse sobre uno de sus collares.

El sonrió

- Tu miras mis perlas amarillas, ¡ Oh reina! También ellas vienen de los países nórdicos. Los soltrajes la llaman la "perla de ámbar".

Habia tendido el

collar a Makeda que puso a sopesar los gramos. Esperaba que se lo apreciase. El no dijo nada, y cuando con una lentitud estudiada, Makeda se lo entregó de nuevo, el asirio lo tomó tranquilamente y con la misma lentitud volvió a colocárselo en el cuello, diciendo:

¡ Oh Perla entre las perlas !. Yo quisiera cubrir tu divino cuerpo con todas las pedrerías del mundo, pero este presente, ¡ ay !

no puedo hacértelo y he
aquí porque: de Jui
ofrecido en una noche
de ibano. Una virtud
nocturna está unida
a él. Estos granos de
oro traen la dicha a
quien los lleva en su
cuello, pero es a condi-
-cion de que sean ofre-
-cidos de noche. Ofreci-
-dos de día hacen mo-
-rir. Si yo los suspendo
a tu cuello en esta hora
diurna, los verías des-
-vanecerse uno por uno,
y tu misma ¡oh desdicha

inconcebible!, desaparece-
-rias a nuestros ojos,
¡Oh Perla entre las per-
-las!...

Assadarion pronun-
-ció estas palabras cap-
-ciosas con un tono
acariciador, y Makeda
adivino el oculto senti-
-do.

También lo aperci-
-bió el Gran Rabino.

- ¡Guardate Oh Perla,
de encontrarte de noche
con un cazador de
regalos que es audaz
en la caza!

Habia hablado a

medida voz para guar-
-dar ante los otros se-
-ñores los miramientos
debidos al enviado de
-Salmanasar, pero lo
-suficientemente alto
para que Assadaron
pudiese oír.

Y entonces Assada-
-ron volvió a su mu-
-tismo.

Era inútil el in-
-tento de deslumbrar a
la reina. Era inútil
utilizar la astucia.
Era inútil sobre todo,
amarga. Un terrible
juramento religioso pro-

-hibia a Makeida ser una mujer. Sin duda, la vispera quiso ella desafiar à su tutor, pero ir contra su gran sacerdote y contra su dios, nunca lo osaría.

Cuando Assodarion acababa apenas de entrar en su campo al galope de su carro, un mensajero vino à informarle de que la reina le esperaba a las nueve de la noche en su palacio.

¡ Oh Ystár! (1) ¡ Tu
me la entregas, excha-
mó transportado de
gozo.



Fundación

(1) - Diosa asiria del amor.

ANASTASIO
DE GRACIA

— VIII —

Del amor a la cadera.

¡ Que embriaguez de esperanza llenaba el pecho de Assadorón ! ¡ Como se estremecía su carne de deseo !

En el cielo, las estrellas eran incontables.

De tenaza en tenaza guiado por un

guardian mudo, anan-
-zaba.... A través de las
tinieblas poco densas, co-
lumnatas y arbustos
dibujaban sus siluetas.

La reina estaba
allí.

Assadarón miró
a su alrededor y no vio
a nadie. El que ha-
-bia desaparecido....

No obstante, detrás
de la balaustrada que
encuadraba la última
terrace, algo brillaba;
el casco y la lanza de
un oficial.

El irascible asirio
apretó el puñal ceñido a
su cintura, no porque
temiese un peligro, sino
por haber sido engañado.

Pero, he aquí, que
el oficial habló:

Assadarou se hin-
-ció de rodillas con la
humildad del amir; es
que había reconocido
la voz antes que la cara;
la voz de oro de la
reina de reyes.

Era ella en efecto,
vestida con la cota de
acero de los «chums».

de la Guardia real.
Era ella. Poco a poco se
la claridad de la lu-
-na se empezaron a
dibujar sus facciones;
la ancha frente, los
ojos luminosos bajo el
arco levantado de sus
cejas, la nariz de fi-
-nos rasgos, la boca pe-
-queña y carnososa....

El exclamó:

¡Oh Perla divina,
yo me prosterno a tus
pies, beso la tierra que
pisas, respiro con mis
labios el polvo de tus

sandalias.

Y lo que decía lo
hacia.

Pero dime, ¿por que
este atuendo bélico para
una noche de amor. ?
¿por que esa lanza. ?

Voy a decirte lo, pero
sobre todo no te engañe-
-nes acerca del sentido
de mis palabras. Tu has
vido ayer de mis la-
-bios pronunciar el
juramento solemne:
La pureza de mi cuer-
-po es un bien que
pertenece a mi pueblo.
Mas este cuerpo, cerrado

como un sepulcro llena
dentro un corazón
igual al de todas las
mujeres jóvenes, y a este
corazón le ha emocionado,
Assadarion tu
mirada; le han con-
movido tus palabras..

.. Si quieres que yo te
ame. ¡Oh príncipe!,
olvida, yo te lo ruego,
olvida que soy una
mujer.

Y ¿cómo podré
hacerlo. ?

Amándote como si
fuese un hombre.

No te comprendo.

¿Es tan difícil, querido Assadarón.?

Si el corazón del sobrino de Salmanasar y su suspirar orgullo, estaban prontos como la flecha en el aire, su espíritu en cambio era lento para recoger las cosas demasiado sutiles.

¿Es tu amistad la que me propones, ¡oh Urukia! .? Si es así, ¿por que citarme de noche en los jardines

privados. ? ¡ En labios
de una mujer dirigién-
dose al hombre que im-
-plora, la palabra
«amistad », significa
«no » y nada más !

-La mia no es tan
solo una amistad del
espíritu; no es esto lo que
te propongo. ¡ oh mi her-
-moso príncipe !

Esta vez comprendió
o creyó comprender. Son
caricias las que recla-
-ma esta virgen singu-
-liar; esas caricias sin
peligro a las cuales

aspiran las que quie-
-ren conocer el placer
rehusándolo. ¿No había
estado mucho tiempo
en Tebas la perversa,
donde tales prácticas
son moneda corriente?
Pues bien, él satisfacería
su capricho. Un prin-
-cipe que ha vivido en
la corte de Babilonia
conoce todas las for-
-mas de la voluptuosi-
-dad, y hasta las
mas extrañas....

Doliente y silenciosa,
se extendió sobre un

canapé de mimbre; el se arrodilló cerca del cuerpo suspirante, quitose el collar de ambiar y lo arrolló al cuello de la muchacha. Pero para que las cuentas de oro confieran la dicha, ¿no precisa que comuniquen a la piel su frescura. ?

Así alabó entreabrió la dura túnica masculina descubriendo el delicado cuello, los hombros y un seno. A este contacto, el

cuerpo todo se estremeció gimiendo. Mas la angustia de la virgen no hacia mas que precipitar la pasion del hombre. Paseaba sus manos resplandecientes de sortijas desde las mejillas hasta la barbilla, y sus labios humedecidos sobre aquel cuerpo adorable. Se embriagaba con los suspiros que cada una de estas caricias arrancaba a la muchacha palpitante, cuya garganta hermosa

era una mandolina
que cantaba en la
noche.

Pero bien pronto el
vindo de Assiadarón per-
-cibió una nota distin-
-ta. He aquí que los sus-
-piros se cambiaban
en sordos reproches.
La angustia se mezcla-
-ba à la ira.

¿Sería desprecio.?
Sin comprender nada,
la vió levantarse del
canapé, mientras, al
propio tiempo reparaba
el desorden en los ves-
-tidos.

¡ que audacia es
la tuya Assadarón! ¡ y
yo que ponía en ti mi
confianza, creyéndote
un príncipe leal y
generoso!

¿ En que te he
engañado tu confian-
-za. ?

¿ Tu lo preguntas. ?
¿ que. ? . ¿ Y esa mano
audaz y esos labios. ?....

¿ No acabas de au-
-torizarme o tratarte
mas tiernamente que
a un simple amigo. ?
¿ Serás tu acaso, una

de esas mujeres capri-
-chosas que cambian
de sentimientos a cada
instante. ?

Son tus sentimientos,
los que me parecen
transformarse en cuan-
to tus dedos me tocan,
¡oh Assadaron! ¿Te es
imposible a ti, que dices
amarme, imaginarte
que soy.... un hermano
pequeño, y darme los
besos que a el le da-
-rias. ?

Diciendo esto, levantó
la cabeza y le dirigió

una mirada perdida:
« Comprendeme, te conjuro
a ello », parecian qui-
tarle aquellos bellos
ojos llenos de ternura
y de súplica. « Domina
ese ardor lleno de peli-
gros, ¡ Oh querido mío!,
acalla una codicia
que horroriza a mi
amor. ».

Fue la mirada
mas que las palabras
ambiguas la que en-
contro el camino del
corazon del principe.
¡ Habria abusado de

su imaginación perversa. ? Un sentimiento desconocido para él se despertó en las profundidades de su alma.

Sin decir nada se sentó al lado de la niña y rodeó su talle con un brazo. Y durante un instante estuvieron así enlazados, las mejillas húmedas de las lágrimas transmitidas fraternalmente del uno al otro.

Transcurrieron así deliciosos minutos

Ella era dichosa al sentirse abrazada; él, feliz de comprenderla. Y tal era su beatitud ante la idea de estos esposales de sus per-samientos, que parecían dos niños satisfechos con esta alegría espiritual.

Mas, he aqui, que à través de un bosquecillo, la mirada de Assadarion, acostumbrada a la oscuridad distinguió el brillo de unos ojos....

Era el execrable

príncipe Amriam que
le espiaba.

Como una serpiente
-te que desconfía, el
furor se apoderó del
movible espíritu del
asirio.

Sacó su puñal
de la cintura, y marchó
derecho hacia el es-
-convite del espía....

Mas entonces, fue-
-ron diez, veinte res-
-plandores de hojas
las que vio lucir en
la negrura de los
matorrales; toda la
guardia de la reina

estaba allí vigilante.

Al ver esto, una
rabia insensata se
apoderó de Hissadarion
que dijo volviéndose á
Makeda:

¡ Oh perversa, oh
perfidia!; ¡ que foso
sin fondo es el cora-
-zon de la mujer!

¡ Maldita seas tu que
no temes fingirte
alma pura para
abusar de un stran-
-jero! . ¡ Oh hija de
una raza de esclavos
de alma retorcida
y ambiciosa! . ¡ Te

conozco bien! Tu quie-
-rias mi collar mágico
sin darme nada en
cambio, ¿no es esto?

He aquí porque has
apostado a tu tutor
y a tus guardias, di-
-virtiéndote al ver al
fiero Assadorón supli-
-car y gemir ante ellos....

Pues bien, ante
ellos también, recibe
el nombre bajo el cual,
Assadorón te llamará
hasta su muerte. Se
te llama reina de
reyes y de los elementos;

¡yo te llamaré reina
de las cortesanas!.

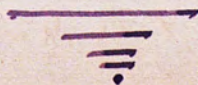
¡No eres más que una
prostituta! ¡Guarda mi
collar de perlas ama-
-rillas, Uakeda!; mas
no esperes que esas per-
-las te comuniquen la
felicidad. Yo te las dejo
para que te recuerden
eternamente lo que el
sobrino del emperador
de los asirios piensa de
ti, ¡oh reina de las
cortesanas!

Y pronunciado
este horrible discurso,
con la voz, y con la

punta de su puñal,
Assadarón parecía
amenazar a los guar-
-dias, a Amram, a
Axum entero.

Contiuose sin em-
-bargo. Un embajador
no debe verter sangre
en una ciudad de la
cual es huésped.

Bruscamente, se
volvió, atravesó las
terrazas con paso rá-
-pido, y partió al godope
de su carro, vomitando
injurias bajo las es-
-trellas.



.... Y de la cólera al
amor.

Amonecía y el
príncipe acababa ape-
-nas de sumergirse en
un mal sueño cuando
su ayudante de campo
el fill Nabanassar, vi-
-no a advertirle que un
hombre armado le es-
-peraba en el dintel
de la tienda.

- Este hombre pretende haber recibido de ti, esta noche una injuria grave. Pide reparacion en leal combate

¿ Un «chum» al que habia injuriado. ? | Por Baal !, ¿ era posible esto. ?
Toda la noche habia errado a traves de la ciudad, entregado al libertinaje buscando en vano de toberna en taberna ahogar en la embriaguez, la lujuria, el fuego terrible que consumia sus sentidos

y en su rabia de no poder escapar a la imagen odiada y querida que le perseguía, tal vez habría armado querrela con algún oficial....

Se levantó sonriendo con sorna; ¡desdichado del imprudente que venía a desafiarle en tal día!

El «chum» era de talla menuda y parecía muy joven.... lo que podía juzgarse por su prestancia, porque

el casco que le cubría
no dejaba ver más
que el fuego de sus pu-
-pilas.

¡ Escoge tu arma
príncipe Assadarón !

Escijo la espada,
pero descubrete, quiero
saber quien eres

¿ Que te importa ?

No lo sabrias mucho tiem-
-po porque vas a morir.

Con una impe-
-tuosidad loca el extran-
-jero habia tomado ya
la ofensiva. Desconcertado
por la prontitud del

ataque, Assadarion retrocedió pero se rehizo prontamente e hizo retroceder a su vez al adversario. Su táctica era obligarle a descubrirse. De un golpe rápido dado con la parte plana de la espada, Assadarion consiguió hacer volar el casco en el aire.

¡Makeda!

Instantáneamente, Assadarion había abandonado la ofensiva. La espada le temblaba en la mano.

Nabanasar quiso
intervenir.

¡ Oh reina, oh prínci-
-pe, parad !; tal combate
no está conforme con
nuestras leyes....

¿ Y por que no ? excla-
-mó Makedia furiosa.

Un guerrero no puede
batirse con una mujer,
¡ Oh reina !

El honor no distin-
-que de sexos.

Es diferente entre
nosotros. La ley militar
asiria prohíbe formal-
-mente tales combates.

¡ Ahora estamos en
mi Reino en donde la
mujer empuña las ar-
-mas como los hombres!

En el campo de los
asirios es la regla asi-
-ria la que prevalece.

Poco me importan
tus argucias. ¡ Dependete
Assadarón!

Ya, la virgen furio.
-sa recomenzaba el
combate, contra un
Assadarón estupefacto,
privado de la palabra
y de toda destreza.

Varias veces, tuvo
llakada la vida del
principe en la punta de
su espada. Sin embargo
no le tocaba. Una es-
-pecie de sollozo furioso
subió a su garganta.
Estaba anhelante. Que-
-riendo terminar, acor-
-dose de una famosa
estratagemma que habia
visto practicar en los
campamentos egipcios.
Deslizó rápidamente
una de sus piernas, como

un gancho entre las
del adversario y le hizo
caer igual que una
masa inerte. Después,
aprovechándose de su
turbación, le ligó brazos
y piernas con un cor-
don que se quitó de
la cintura, atándole
todo el cuerpo con la
rapidez del rayo.

El exhaló una es-
-pecie de estertor de de-
-sesperación y de amor.

¡Matame Matada,

matame!. Para el que
te adora tanto como te
execra, morir por ti
seria una voluptuosidad
divina. ¡Matame!. ¡Que
la maldita y querida
mano sea la que pre-
cipite a Assadarion en
los infiernos!

Makeba le dijo aro-
-jando el collar de
ambar en el polvo:

No es tu muerte la
que yo quiero, principe
Assadarion; quiero sola-
-mente que retires las

injurias proferidas con-
tra mí.

El príncipe dirigía
la vista alternativamente
a la que le dominaba
con su mirada de furor,
y a las execradas perlas
motivo de sus sospechas.
¿Se habría engañado?
¿Sería verdaderamente
puro aquel fiero con-
-zon. ?

- Yo retiraré las in-
-jurias, dijo él, si en ver-
-dad tus intenciones
eran rectas; pero, ¡desia-
-tame!. Si mis explicaciones

te parecen insuficientes,
yo mismo te tenderé
mis puños para que
vuelvas a atarme.

¡ Sea ! dijo Makeda
Una vez libre, ex-
clamó:

¡ Marchaos todos !
Cuando los que ha-
-bian asistido al com-
-bate se retiraron, Assa-
-darón quedó un mo-
-mento rígido ante el
hermoso « chum » enfu-
-recido, sin decir nada.
De pronto, un sollozo
levantó su robusto pecho

y se arrojó llorando
a los pies de Makeda.

¡ Perdoname oh reina
de mi alma, oh perla
mas pura que las lá-
-grimas mismas !. Ante
ti, tu lo ves, Assadarón
no tiene ni razon ni
orgullo. El, no te compren-
-de pero sabe que en tu
espíritu todo es trans-
-parencia y pureza.

¶ sin embargo,
¡ que cosas tan horri-
-bles me has dicho, des-
-graciado !
¡ Perdidas, te lo

Suplico!

¡Que ser mas ca-
prichoso eres, Assadarim!

¡Es que te amo Ma-
-Keda!... Tu dices que
una noche es poco tiem-
-po, mas no para el que
sufre de amor. ¡Oh Per-

la inocente!. Durante
toda ella he recorrido

Axum poseido por los
demonios de la rabia
y del dolor.... Mi loco

corazon sonaba con
sangre y con muerte;

eras tu que me perseguías....

¡ Oh, el recuerdo de
tu cuerpo y de la ima-
-ginaria injuria....
Aquellos hombres en
tus jardines que me
espionaban; aquel Amram
maldito.... ¿ Por que ha-
-berme tendido tal cela-
-da. ?

Ya vuelves a tus
sospechas.

¡ Que ofrenda para
un hombre apasionado!
¿ Por que aquella vigilan-
-cia. ? ¿ Cuales eran
tus designios. ?

No puedo decirtelo.

Pero, ¿no te he revelado yo hasta la peor de mis torpezas.?

Siempre arrodillado, Assadarion enlazaba con pasión las esbeltas piernas de Makeda, que volvia la cabeza. Rápidamente, con un movimiento brusco se desprendió de él.

¿No comprendes que era para defenderme contra mi misma.?

Lo hacia porque no me sentia segura de mi propio corazon, de mis

sentidos, tan exaltados
como los tuyos, exclamé
colérica.

Aquellas palabras
le llenaron de un or-
gullo tal, que no pudo
permanecer un segun-
do más en postura
tan humillante, y se
levantó con rapidez.

¡Entonces es que
me amas!

Makeda se rehizo
¡Te odio! ¡Te abo-
rrezco! ¡Maldigo la
hora en que te vi
por primera vez....!

¡ Tu me amas pues
-to que me tienes!

Te he amado tal
vez, pero tus injurias
han destruido mi
amor....

Tu voz se rompió al
pronunciar esas pala-
-bras. Me amas, te digo.

¡ No, no, no. !

Esta vez fue su co-
-razon el que debió rom-
-perse, porque cayó ina-
-nimada entre los brazos
del que quería odiar
¡ Oh rencillas, oh
querellas ! ¡ Tierra fértil

para que fructifiquen
con el dolor los amores
nuevos!.... ¿Que han de
hacer dos jovenes aman-
-tes que acababan de cru-
-zar el hierro uno contra
otro sino curar con el
balsamo de los besos
sus heridas recientes.?

Assadaron la trans-
-portó en sus brazos →
bajo la tienda y la
tendió sobre su lecho
de soldado.

Nikipalukin, su ma-
-go particular pasó sus
manos por la garganta

fria de la muchacha
provocando el soplo
de vida interrumpido.

Despues se retiró....

La reina abrio los
ojos.... y ahora, sin
odio, sin espanto, con-
templó la cabeza more-
na de su amado, tier-
namente, castamente
posada sobre su seno
que respiraba de nuevo....

Habia renuncia-
do a sus locas nega-
tivas:

Tu lo has dicho. Te
amo ¡oh mi principe!

Te he amado y te ama-
-ré siempre; mi alma
te pertenece, y si no puedo
darte mi cuerpo, sábelo
bien, si, sábelo, no por
eso deseo menos darte-
-lo. Ahora te lo puedo-
-declarar: yo también
he suspirado, he ardi-
-do toda la noche en
mi lecho solitario.
Mi cólera era el deseo,
las injurias que yo
profería entre las ti-
-nieblas no eran más
que el recuerdo de tus
besos..... No puedo ser

tuya, pero los suspiros
de este cuerpo prisionero,
son para ti, Assadarón,
¡óyelos, recíbelos en tu
alma.... pero si tienes
piedad de mi, yo te
conjuro a ello; áma-
-me como te he dicho,
con un amor frater-
-nol.

- Yo te lo prometo con
una sola condición.

¡Díla pronto y
consentiré!

- A condición de que
me jures no tener otro
hermano.

No tendré jamás
mas hermano que a ti.

¿Nunca.?

Nunca tendré otro
hermano Assadarion.

¡Entonces, como si
tu padre hubiera sido
el mio!

Este juramento pue-
-ril lo pronunció el
principe con aire so-
-lemne y con los ojos
fijos en los de Makeda.

Eran sinceros el
uno y el otro. En sus ojos
que parecian querer
mezclar sus llantos

solo habitaba el alma
separada de los sentidos...

Sin duda, sin duda.
... pero la carne habla.
-ba en ellos sin querer.
-lo... Makeda cerró
los ojos.

Suspiró, pero era esta
su única queja.

Y así permanecieron,
suspirantes y ardientes;
el, prosternado ante
ella; ella acariciando
sus cabellos hasta el
momento en que el do-
-nado sol de la maña-
na, penetró en la tienda.

Centro Documental

Ar X ivo

- Juegos y tristezas -

Hacia ya varios meses que las largas caravanas, de reyes venidos para asistir a las fiestas de la coronación, se habían alejado de Axum.

Però el sobrino del

emperador de Babilonia no levantaba su campo.

Casi todos los días, la reina le llamaba al Palacio, y muchas veces durante la noche.

Utilizaba para llamarle esos procedimientos y esas estrata.

- gemas basadas en simbolismos que solo el amor sabe inspirar.

Por ejemplo, le enviaba por medio de su

tesorero un carro tallado en ébano, y el dignatario tenía que ofrecerle en estos términos:

- Noble príncipe, en prueba de amistad fraternal, la Perla te hace el presente de este carro de carreras. La madera de ébano en la cual ha sido tallado, viene del país más cálido del mundo, y la noche se vuelve invisible.

o bien, a veces era

un espléndido tamagari (1).
de plumaje ramerado, con
la cabeza envuelta en
una capucha de cuero
rojo. En cuanto se la
quitaban, desplegaba sus
alas gritando: Nana fiteri
Aron. (2).

Y Assadaron corria
hacia su amor.

Frecuentemente tam-
bien iban a cazar juntos
a la campiña que rodeaba

(1) - Especie de loro.

(2) - i Ven. Assadaron mi amor.

Axum.

De pie sobre sus ca-
-nos de doble suspension,
hecha de correas, el con
su casco, ella con la
cabeza descubierta y los
cabellos flotantes, iban
a través de los bosques
de sicomoros y de mi-
-mosas gigantes, al gá-
-lope de sus gacelas
amanestradas, embria-
-gados de velocidad, de
perfumes naturales y
de la alegría de estar

juntos.

Los dos rivalizaban en la captura de animales vivos. Casi siempre traían buen número de gacelas, de avestruces, de marabius gigantes, de pelicanos, de flamencos rosados....

El sin embargo volaba a su campo, lentamente y pensativo

Sus amigos se asombraban de aquella metamorfosis.

A este guerrero de sangre puerca que vivía

en Tadjana rodeado
de mujeres, ¿ que sortile-
-gio le habia arrojado
la virgen de Axum pa-
-ra que se resignase
tanto tiempo a suspirar
sin esperanza.?

Los amantes sen-
-tian predileccion por
la caza de las grandes
fieras.

Precedidos de perros
con corazas de cuero
claveterado, avanzaban
a través de los bosques
de palmeras donde se

escondían, al acecho del
león ó del leopardo. Su
corazon, se paraba en el
pecho, de alegría cuan-
do de lo alto de los ár-
boles, los monos caza-
dores amestrados, para
señalar las fieras, in-
dicaban con sus gritos
la proximidad de la
bestia... ¡ Y que embria-
quez cuando los perros
traían hasta ellos
alguna hermosa pieza
ensangrentada, acibí-

-llada de mordeduras
y de flechazos.!

Habia un momen-
-to mas delicioso aun
y mas dolorosa tam-
-bien. Era la hora
del reposo que saborea-
-ban despues, tumbados
uno al lado del otro
bajo algun material
de laure rosado o de
mimosas.

Olor de flores des-
-pues del olor de
la sangre y de las
carnes destrozadas, mez-

-chado al de aquel
cuerpo maravilloso....
Se abrazaban, se bus-
-caban las bocas. Y
cuando se habian
encontrado, los desdi-
-chados amantes no
osaban interrumpir
el beso por temor a
desear mas....

Tenia que llegar
el momento de la
separacion.

Entonces, abando-
-nando a su compa-
-ñero sin decir palabra

Makerda saltaba en
su carro y volvia a
Axum fustigando
a sus gacelas, y a una
velocidad tal, que hu-
bierase dicho iba
transportado por el
espacio llevada en una
nube de polvo volador.



Fundación

ANASTASIO
DE GRACIA

Centro Documental

— XI —

- Magia -

En el palacio, Uziel
el gran Rabino, y sobre
todo el principe Amram,
se atormentaban gran-
-demente temiendo que
la virtud de su sobera-
-na acabase por su-
-cumbir.

Con gran secreto

convocaron a los tres
mas famosos magos
de Axum: Ybra, lector
de pensamientos; Be-
locha, el gran exorci-
zador; y, Chayna, he-
chicero de Tebas.

Os hemos llama-
do, ¡oh sabios!, les dijo
Amriam porque el
alma de nuestra rei-
na venerada se en-
cuentra en peligro.

Desde que Assadaron
el idiolatra se ha
apoderado de sus pen-

-samientos hay que
temer lo peor. Es neces-
-rio purificar el espiri-
-tu de la Perla; librarse
de esta mala influencia.

- La Perla, odiaria
al extranjero, dijeron
como una sola voz
los tres magos, y el ex-
tranjero huiria cubierto
de vergüenza.

El primero que se
puso al trabajo fue
Ibna.

Despues de preguntar
a Makeida, con toda

precaucion, acerca de sus sueños, consiguió hacerla declarar que un espiritu la visitaba por las noches durante el sueño.

¿ Ves tu su cara
¡oh Perla. ?

- No. Su cara es oscura y sin ojos. Sin embargo, yo no temo a este fantasma. Es amable, es dulce.... Me agrada verle tenerse inmovil ante mi, tendiendome sus brazos

que son dos destellos
blancos....

Ybra, corrió a
buscar al exorcizador.
Precisaba identificar a
aquel espíritu y saber
por donde se introdu-
cia en la alcoba regia.

Un día en que la
reina cazaba, Belocha
seguido de Ybra y de
su ayudante se in-
trodujo en la cámara
de la reina.

Era una gran pieza
con los muros adornados

con pinturas egipcias. Tenia dos grandes ventanas. Piel de guepardo cubrian el suelo en toda su extension. El unico mueble era una monumental cama, a la que daban acceso siete escalones. La colcha era de azul celeste.

Dos enanas sentadas sobre el ultimo escalon, jugaban con los gatos amados por su dueña; cuatro magnificas bestias negras, grandes como tigres

jóvenes.

Al entrar los magos,
las dos pequeñas se
levantaron temblorosas.

¡Corred las cortinas,
enanas!

La habitación que-
-dió en la más completa
oscuridad.

No se veían más
que ocho círculos fosfores-
-centes; el iris de los ga-
-tos, sobreexcitados por la
proximidad de influen-
-cias sobrenaturales pre-
-venidas por el instinto
animal antes que por

la inteligencia humana.
-ma.

¡ Ybra, siento que un cuerpo astral se halla en esta habitación !, dijo Belochia.

- Yo lo siento también, pero, ¿ donde reside su presencia invisible. ?

Seguramente en uno de los objetos que nos rodean.

- Y de pronto dijo:

¡ Venza, en seguida !;
¡ dadme vuestras manos
y formemos el círculo de
los seres vivientes !

Las manos sudosas
de las enanas, y las
secas y ardorosas de
los magos, se buscaban
y se unían.

¡Espíritu, haz un
signo!, dijo con un ala-
rido Belocha; ¡espíritu,
muéstrate!

Ninguna respuesta.

Belocha rompió el
círculo.

Ningun muerto ha
respondido, luego el
espíritu que habita en
esta cámara es el de
un ser vivo.

¡ Sus brazos invisi-
-bles apartan a los que
le rodean!

¡ Apoyaos todos con-
-tra las paredes. ¡. Ena-
-nas, ¡ sujetad a los
gatos!

Quedó solo en el
centro de la estancia,
trazando en la oscu-
-ridad, rayas que se
cruzaban, formando
un misterioso alfabeto.
El aire se hizo tempes-
-tuoso, y se llenó de in-
-fluencias. Diríase que

de cada objeto se des-
-tacaba un alma do-
-liente que venia a
arrojarse en la oscura
botalla. Mientras tanto,
Belochá, concentrado
en si mismo hasta per-
-der el aliento, pronun-
-ció rápidamente las
fórmulas mágicas.

Llamó a la «Cábala».

Produjose un sordo-
turbulto, rápido, mez-
-clado con su respiración
entrecortada. Al momento,
todo calló. Un segundo

de mortal silencio.

Después, el ruido de una caída

¡Encendete la luz!,
vociferó Gloria.

La habitación se iluminó con la luz de una antorcha....

Cerca de una de las ventanas, Belochea yacía en el suelo, pálido, contraído; un hilo de baba caía de sus labios. Pero con sus manos heladas oprimía contra el pecho una cortina de seda bor-

-idada en azul, y arañada de una de las ventanas.

- Allí estaba el buscado espíritu.

Y aquella colgadura era un regalo del príncipe Assoumarion....

Cuando volvió la reina de su expedición de caza, Belocha la dijo con dulzura.

¡ Oh Perla! excusa un celo tal vez excesivo. Tu «lector de pensamientos» me ha revelado que un fantasma venía

por las noches, y yo, he averiguado que este espíritu funesto penetra en tu cámara a través de las mallas de una cortina azul. Por eso, he ordenado a mi ayudante que retirase la tal cortina de la ventana, y que la suspendiera en el dintel de tu vestibulo de honor. De este modo, no perturbará mas tu augusto sueño. El noble Assadharon que te hizo

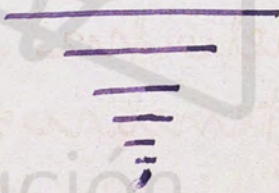
el presente, verí con sor-
prendido que su regalo
estaría en adelante a
la vista de todos. Es un
regalo verdaderamente
maravilloso.

- Así, el amor no vol-
vería a renovarse en
tu corazón durante
la noche, ¡oh Perla! ¡
pensaba el hipócrita
mago.

Peru estas sabias
maniobras no produ-
jeron efecto.

Tejos de entibiarse.

se vio que el ramón de los jóvenes tomaba nuevas fuerzas, hasta el punto de que no pasaba un día sin que Assadaron franquease el dintel de palacio.



Fundación
ANASTASIO
DE GRACIA

— XII —

Los gritos del corazón
incomprendido.

Belochia recurrió al
mas tenebroso de los
procedimientos; al círculo
mágico trazado alrede-
dor del enemigo cuya
influencia se pretendía
destruir.

El traumaturgo escogió en la ciudad una niña de dos años a la cual y en la hora del crepúsculo la hizo recorrer un largo trayecto circular cuyo centro era el lugar habitado por el adversario. Pronto la niña, fatigada, tropezó y cayó. Se observaron cada uno de los sitios donde habían tocado sus manos y allí se enteró un gallo vigoroso de forma tal

que solamente sobresa-
-liesen su cuello y su
cabeza.

La noche habia pa-
-sado durante estas
maniobras. Al fin, el
alba apareció por orien-
-te enrojeciendo el cielo.
El mago y sus ayudan-
-tes observaban a los
gallos. Los que tenían
fuerza para saludar
al primer rayo de sol,
serían conservados
a fin de enterrarlos
a la noche siguiente

de la misma manera; los que sucumben son enterrados en sentido inverso, es decir con el pico en el suelo. Al crepusculo siguiente, se repite la experiencia y asi, hasta la muerte del ultimo gallo. Mientras el circulo infernal, que al principio era de setecientos codos, se iba estrechando progresivamente. Cuando el ultimo gallo expira y se oye

su canto supremo, puede considerarse reducida a la nada la voluntad del adversario.

En tanto que Belochá se entregaba cada noche a este trabajo, Chaparra, aconsejado por el psicólogo Ylora operaba de día, y sus procedimientos sencillos, atestiguaban un conocimiento, puede ser, mas perverso, de esta cosa vulnerable que se llama alma humana.

Apostó a sus servido-
-res en el dintel del pa-
-lacio, con orden de que
al pasar el príncipe en
su curso, acribillasen
los flancos de los caba-
-llos con minúsculas
bolas de bronce, im-
-pregnadas de una
materia corrosiva.

Así se hizo

Tres nobles bestias
- apenas habían reco-
-nido alguna distancia,
cuando, locas de dolor
emprendieron un galope

deseperado. Viose al ligero carro levantarse sobre una rueda, en tanto que Assadaron proyectado en el aire caia desvanecido en el polvo.

Cuando refirieron este accidente a la reina, una gran turbacion se apoderó de su espíritu.

Aquella noticia confusa se consistió en verdadera angustia cuando una de las enanas vino a traerla

de parte de Assadarón
herido, los dos tanaga-
-ris por cuya voz, los
amantes se comunica-
-ban sus mensajes los
días en que no podían
verse.

Pero, ¡nunca más
podrían decir a Assa-
-darón las aves par-
-leras «Fikri, fikri Aron»⁽¹⁾
Jamás volverían a decir
a Makeda «Fikri, fikri Mak»⁽²⁾.

Una mano criminal

(1) - Te amo, te amo Assadarón.

(2) - Te amo, te amo Makeda.

habia estrangulado a
las pobres aves.

Makeda reflexionó
durante toda la noche
acerca de esta muerte
abominable. ¿No la
decia esto claramente
que los enemigos de
su amor no dudarian
en matar a su mismo
amante, si persistia
en prolongar la es-
tancia a su lado. ?
¡ Oh dolor! ¡ se
imponia la cruel se-
paracion!

Su corazón se
revolvía ante este pensa-
-miento. Se sentía dis-
-puesta a huir con él,
y abandonar Axum y
el trono. Otras veces
deseaba morir con él;
soñaba en marchar
llevada por sus brazos
hacia ese paraíso de
Ba'al del que él, la
había hablado tantas
veces....

Eran esos pensa-
-mientos locos que ins-
-piran la exaltación

nocturna. En los momentos de reflexion y de calma, se respondia que solo la partida de Assadaron era la solucion dictada por el deber y por la razon.

Peru, ¿sabria despedirle. ? ¿ Tendria cuando le viera la fuerza suficiente para pronunciar palabras tan crueles. ?

Decidio enciarse un mensaje simbolico que le seria entregado despues de la puesta

de sol.

He aquí el mensaje:



Y he aquí lo que
Ulakeda quería decir
a su amado con estas
imágenes:

« ¡Oh Assadaron,
manos criminales han
matado a los mensa-
-jeros de amor!

« Ve porque estoy
triste y lloro. »

« Es preciso trazar
sobre nuestro amor la
línea de duelo de las
cosas acabadas. »

« Deja a Maquenda
continuar solitaria su

dura tarea real, mas
dura que la del esclavo
condenado a roturar
una tierra rocosa. »

« ¡ Adios Assadaron!
La hora de que yo ci-
bra tu imagen bien
amada con el velo del
olvido, ha llegado ! ».

Cuando Assadaron
vino a verla al dia
siguiente, no hizo nin-
guna alusion al men-
-saje.

¿ Habia sido inter-
-ceptado. ?

¿ Era que aquel

asirio poco sutil no ha-
-bia sabido traducirle.?

¡Oh dolor! ¿Seria
ella, la debil mujer la
que tomase la terrible
resolucion.?

Se deshiacia en
lagrimas.

- ¡Oh mi Perla! ¿Que
tienes.?, exclamó el
principe; ¿por que ese
temblor.?, ¿por que esas
lagrimas.?. Tu amante
estia a salvo, ya lo ves
bien.

¡Oh mi principe!, es
necesario que nos separemos;

es necesario que mis ojos
renuncien a verte....

¡Separarnos! ¡No te
sientes en seguridad a
mi lado.?. El fogoso
Assadarón, ¿no se ha
convertido en un hom-
bre casto y reservado
como un hermano.?

- Eres tu, el que no
estás en seguridad.

Tiembo por ti.... Tus
días están siempre
en peligro, mi corazón
lo presiente.

El, se echó a reír
-¿Pero que mal sueño

ha tenido esta noche
mi hermano pequeño?
¡Oh Makeda!; ¿cómo
puedes imaginarte que
Assadaron consentiría
en huir delante de
enemigos invisibles; el,
al que no han hecho
temblar ni los leones
de pezuña, ni las
lluvias blancas de los
países del Norte.?

Y cada vez que
ella quería hablar
de nuevo, la cerraba
la boca con un beso.

Sin embargo, al día siguiente corrió por Axum el rumor de que los asirios habían levantado el campo durante la noche, y no quedaba uno en la ciudad.



Centro Documental

XIII

- La verdadera
separación.

¡Que! ¿Sin un
adiós siquiera.?

El, que ha vispera
reía de sus temores
y desempeñaba el papel
del que no espanta por

nada. ? . ¿ Era este el
valor indomable en
que ella habia creído. ?

¿ Era aquel su amor. ?

Ante esta imagen
disminuida que en
recuerdo la dejaba su
amante, casi sentia
el haberle amado.

Maldecia el resto de
ternura que todavia
palpitaba en el fondo
de su corazon. ¡ No !
¡ no le amaba !. ¡ No queria
amarle !

¡ Ah !. Habia partido

a sus ruegos.... pero no podia perdonarle el haberlo dejado asi, tan bruscamente, sin decir nada.

Asi era vencido este gran amor que habia hecho temblar las bases del Reino. Y cada uno de los magos se atribuia el merito de esta sibita curacion.

No obstante, algun tiempo despues, dos extranjeros, bordadores de perlas comenzaron

a dar que hablar a los de Axum.

La agilidad de sus dedos pasaba por prodigiosa y se olababa mucho el colorido y calidad de los tejidos que fabricaban.

Habian alquilado un modesto «suk.» en el barrio comercial donde bien pronto afluyeron las bellas compradoras. En unas canchales, gran numero de princesas lucieron

tinicas enteramente
bordadas de perlas.

Ese día, Makeida no vino
a los corredores....

Yntrigada, convocó
la reina a los dos
bordadores.

Eran dos jóvenes
extremadamente her-
mosos — uno sobre todo —
con la cara completa-
mente rasurada, los
ojos muy negros. Su
aspecto modesto y su
humilde continente
contrastaban de manera

singular con la nobleza de sus rasgos.

- ¿Quieres una túnica en la que se junten todos los tintes de la aurora.?, dijo uno.

¿Quieres un vestido de perlas rojas.?, dijo el otro. Así parecerías vestida con sangre pura, sangre que cada hombre querría verter bajo tu paso.

¡Basta de imágenes, extranjeros charlatanes!

interrumpió Makeda.

No es un vestido lo que quiero sino vuestro secreto.

¡Oh reina de reyes! lo que te pides es imposible dijo el que había hablado primero.

¡Insolente! ¿Ignoras tu que no existe ni una sola de mis fantasías que no deba ser satisfecha en el acto.?

¡Oh Perla! la fórmula de nuestro arte no nos pertenece. Ha

Sido transmitida de
generacion en genera-
-cion. Es sagrada.

¡Callate o te hago
decapitar! Quiero apren-
-der a bordar, te digo,
y hoy mismo, porque
me fastidio. ¿me entien-
-des?

Era cierto que lan-
-guidecia la dictadora.
de los movimientos ce-
-lestes y de las aguas.
Desde la brusca par-
-tida de Assoudaron, su
humor era irascible.
Era menor dilacion

ante uno de sus capri-
-chos la ponía furiosa,
y es que quería dis-
-traer su espíritu de
un recuerdo que juzga-
-ba indigno de ocupar,
y que a pesar de todos
sus esfuerzos no lograba
apartar de ellos. ¡ No
podía, no podía odiar
a Assadarón.!

Al fin uno de los
dos bordadores que
calleaba hacia un
momento, y que era el
más hermoso de los
dos, avanzó y dijo:

Perdona a mi camarada. ¡Oh Perla todo poderosa! Es verdad que nuestra fórmula es santa, y mi amigo tiene miedo a la venganza de los dioses. Yo la temo también. ¡Oh reina! No obstante consiento en enseñártela. Pero yo te conjuro a que nadie nos oiga. ¿No podrías tu, para mayor seguridad, dignarte recibir una lección, en alguna habitación mas

secreta. ?

¡ Sea, ven a mi oratorio!

Era una pieza estrecha y oscura, alumbrada tan solo por una lamparilla roja.

Temo que no veamos bastante para un trabajo tan delicado, dijo la reina.

No es necesario ver claro para conocer mi secreto ¡ ah Perla!

¡ Tus miradas son bien penetrantes, singular extranjero!

Los tuyos lo son
igual. ¿No puedes leer lo
que está escrito en este
tejido, Perla.?

No, no puedo.

- Dignate aproximar
la lámpara.

Ella consintió, rego-
cijada con aquellos mis-
-terios.

El extranjero estaba
detrás, y muy cerca, tan
cerca que hacía sen-
-tir su cálido aliento
sobre la nuca. Pero in-
-trigada como estaba
no se daba cuenta....

¿ Y ahora, puedes
leer. ?

Leo : Ma....MaKeda

¿ Y de este lado que
lees. ?

As.... Ass.... Assad....

La reina empezó a
temblar.

Bruscamente se vol-
-vió hacia el extranjero.

Entonces dijo este:

He aquí el secreto
del bombardor de perlas,
¡ Oh perla del corazón
de Assadaron!

¡ Ah!. Ya sabía que

todavía me amabas)....
exclamó.... Y yo también,
yo todavía te amo, Asa-
-daron!. Ni un instante
he cesado de amarte....

Todos los recuerdos es-
-taban olvidados. No
había en aquella pe-
-numbra más que el
amado que resucitaba.

¡ Oh alegría de vol-
-ver a verte, alegría sin
par, tan purrante, que
casi nada la distin-
-guiría del dolor

- Durante un largo

rato estuvieron el uno
junto al otro, riendo y
llorando.

Era necesario que
la explicase su desapa-
-rición, y su vuelta, igual-
-mente misteriosa.

- Ese día, tu lo recuer-
-das, cuando me supli-
-cabas llorando que me
alejara de Axum; yo no
quería creer en tus te-
-mores. Luego, ^{en} la noche
que siguió, terribles
pesadillas torturaron
mi sueño. Cuando me

desperté al amanecer
senti que una fuerza
oprimía mis sienas, has-
ta el punto de pregun-
tarme si acabaría por
perder la razón. Muy
cerca de mi tienda can-
taba un gallo, pero ¡con
que canto más extraño
saludaba al sol! ¡era
un canto lleno de
agonia. Consulté el
caso a Nikipalutin, mi
mago. Este hombre que
descubre los secretos, se

mostro' muy inquieto:
« Mi ciencia te ha pro-
-tegido hasta aqui, ¡Oh
amo!, me dijo, pero ahora,
yo lo' veo, es un circulo
el que se cierra alrede-
-dor de ti, y que no
puedo romper. Su fór-
-mula es ignorada en
nuestras regiones. Si
amas la vida, huye,
¡oh principe!, huye al
instante. ». Tal fue el
consejo de Nikipalukin.
¡Huir!; un guerrero de
Asiria no puede resol-

-verse a hacerlo, como
no sea para volver u-
sando de una estrata-
-gema como en la que-
-rra.... Partí, y volví a-
-compañado de mi buen
Nabanasair, que me
había enseñado el arte
de bordar las perlas,
de gran moda entre
nosotros.... Y, heme aquí,
¡Oh mi reina, oh mi
maravilla y mi alegría!
¿Tú eres capaz de
tanta astucia. ? pre-
-gunto chakeda entusiasmada.

- Para contemplarte,
para estar cerca de ti,
¿de que no sería yo
copiar.?. ¿No he domado
hasta el fuego del deseo,
mas fuerte sin embargo
que la humana vo-
luntad.?

Ya lo se, amado
Assadaron, pero ahora,
separate de mi. La leccion
ha sido dura y debemos
ser prudentes.

Te dejo, pero vendré
mañana, ¿no es esto.?

Si, mañana.

¿Y los días que si-
-gan? El aprendizaje
del arte de bordar es
largo y dificultoso. Una
lección diaria es precisa
¡Oh Perla!

Y entre grandes
risas se separaron hasta
el día siguiente, locos
de alegría.

El modesto borda-
-dor de perlas iba todos
los días a ver a Makeda
en su oratorio.

No hacía esta rá-
-pidos progresos; ella

que rasombraba a todos sus maestros por la prontitud en comprender, daba muestras en el aprendizaje de aquel arte nuevo, de una rasombrosa torpeza.

Después de varios meses de lecciones diarias, apenas si sus dedos fueron capaces de juntar algunas filas de perlas de un solo color.

Era, que el tiempo de la lección se pasaba entre mimos, tiernas

charlas y caricias; y las perlas iban a perderse entre las pieles de onagro; y las manos se buscaban, y se encontraban los labios, y permanecían así, uniendo sus suspiros, hasta el momento en que Akkeda, presa de miedo ante la idea de caer en el delicioso abismo prohibido, le rechazaba con dolor, vibrante aun por el efecto de sus besos....

Pero el tiempo de gracia concedido por el destino a los amantes, sin duda por compasión por respeto a la hermosa pareja, golpeoles con la espada, un momento suspendida.

Un día en que Makeda y Assaddion estaban en el oratorio, una de las enanas insistió en entrar.

¿Que quieres? le dijo su señora. ¿Que viene? ¡Habla!

La enana parecía
agitada.

¡Oh señora! dicen
que el bondador es el
príncipe Assadaron.

¿Quiénes lo dicen?

El príncipe Amram,
Uriel el Gran Rabino.
Les he sorprendido mur-
murando entre ellos...

Os han visto reír, y la
voz del príncipe ha sido
reconocida.... Además,
he podido sorprender
otra cosa señora.

¡Díla!

La pobre pequeña tiri-

traba de terror, y dijo rompiendo en sollozos: Mañana pondrían centinelas en la entrada del vestibulo de honor, y si el principe osa volver....

Assadaron dió un salto:

- ¡Cierto, Assadaron osaría volver! ¡Y sin disimulo ni disfraz, con su capa verde, su colgado de oro y su puñal! ¡¿ Creen intimi-
-darme esos misera-
-bles. ? ¡ Basta de trabajar

en la sombra! ¡Bastante he curvado la espalda y he bajado la voz imitando al artesano sin nacimiento....! ¡En adelante, vendré a plena luz a saludar a la reina!

Yo te lo prohíbo,
dijo Makeda.

¿Tu me lo prohibes.?

La reina se había quedado pálida y fría.

¡No quiero que vuelvas!

¿Crees entonces que tengo miedo de algunos hombres armados.?

¡ Assadarón; una
mujer inteligente apre-
-cia el valor pero no la
temeridad!. Aunque es-
-caparas a la primera
emboscada, nuestros
enemigos no cederian
por eso. ¡Sepárate de
mi; abandona la
ciudad hoy mismo!
Ea que te ama no
quiere que mueras.

Peró, ¡yo quiero mo-
-rir por ella!

¡ Ten piedad de mi
Assadarón, no tengas

desfallecer mi valor!

¡Es preciso que te marches!
y puesto que a ello me
fuerzas, ¡te lo ordeno!

- ¡No puedo, no puedo
obedecerte!

En ese caso, te pro-
hibiré la entrada en
palacio.

Assadarón cayó de
rodillas sollozando,
y estuvo así, prosterna-
do ante ella, abrazado
a sus piernas; la frente,
perdida en el divino
lugar prohibido. Y ella,

sentia la reperusion.
en todo su ser; sentia
los golpes de la fiebre
que andia detras de
la frente de aquel hom-
-bre.

La verdadera ale-
-gria, dijo ella, nos está
prohibida ¡oh hermanos!
¡oh amor, prohibido
tambien!. Es inutil
que intentemos propor-
-cionarnos la dicha.

Yo puedo decirtelo
ahora. Cada vez que
abandonas este palacio

dejas entre sus muros
una llameda ardiente
y desolada. Y tu tam-
-bien padeces segura-
-mente una mala
fiebre producida por
nuestros vanos obreros.

¡Oh Assadarón!;
¡querido Assadarón!
todos los besos super-
-ficiales que he podido
concederte, te los he
concedido. No puedo
darte mas.... Cesemos
en este triste juego
y seamos el uno del

otro, en pensamiento, sin vernos.

¡Oh mi Perla, que triste amor ha sido el nuestro! gemia el príncipe.

Ella permaneció un momento silenciosa, sabiendo que le había convencido

- Este triste amor, ¡te juro que será vengado!

A estos hombres que me han prohibido la alegría de los santos esposales, los ani-

- quilaré, los humillaré,
los abrumaré con tareas
viles como a los animales
domésticos. Yo debilita-
ré el orgullo de este
sexo arrogante; le perse-
quiré con mi odio y
con mi rencor hasta
la muerte. Para ti
solo, mi hermoso prin-
cipe, este corazón lleno
de hiel guardará
ternura.... Hasta la
hora de la muerte
no latirá más que
para ti; tal es el

miro juramento de
Makeda la pura.

Y yo juro, no cono-
-cer nunca a otra mu-
-jer que a Makeda, dijo
el.

Sus labios se junta-
-ron en un largo beso.

Pero ella le dijo:

¡Ahora, dejame!

no nos enervemos con
-vidioses inútiles. Sepa-
-remonos sin dudas
ni llantos, como cum-
-ple a dos seres gran-
-des. ¡Vete, marcha a

tu país, Assadarón!
¡Marelda no te olvidaría
nunca!

Todo su cuerpo se
convirtió en algo duro
y frío.

Ganado por la
sombria exaltación de
su amante, secó brus-
camente sus lágrimas
y se levantó.

Una vez más, se
abrazaron, y fue este
un abrazo tan estrecho
que hubiera podido
decirse que querían

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Indice.

Prologo.....	I.
Yo soy Mammete llamanda Makeda.....	1
—	
La primera turbacion de Makeda.....	17
—	
¡Oh tu que vas a reinar!	36
—	
Lo que Anquebo no dijo a Makeda.....	51.
—	
La muerte del profeta.....	65
—	
<u>Funerales</u>	77.
—	
El hermoso principe Assou- darion.....	99.

Centro Documental
Archivo



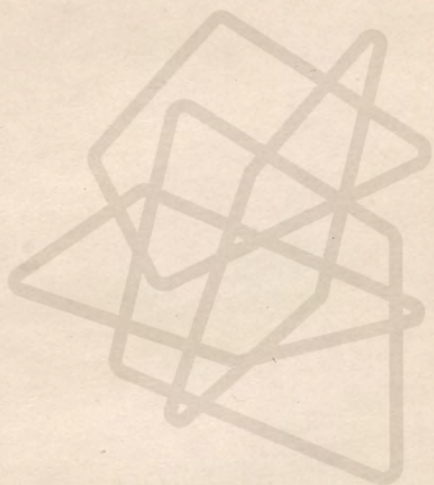
Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**

Centro Documental
Archivo



Fundación
**ANASTASIO
DE GRACIA**





